**SELECCIÓN DE CUENTOS**

**J.D. SALINGER**

***Nueve cuentos***

**UN DÍA PERFECTO PARA EL PEZ PLÁTANO**

En el hotel había noventa y siete agentes de publicidad neoyorquinos. Como monopolizaban las líneas telefónicas de larga distancia, la chica del 507 tuvo que esperar su llamada desde el mediodía hasta las dos y media de la tarde. Pero no perdió el tiempo. En una revista femenina leyó un artículo titulado «El sexo es divertido o infernal». Lavó su peine y su cepillo. Quitó una mancha de la falda de su traje beige. Corrió un poco el botón de la blusa de Saks. Se arrancó los dos pelos que acababan de salirle en el lunar. Cuando, por fin, la operadora la llamó, estaba sentada en el alféizar de la ventana y casi había terminado de pintarse las uñas de la mano izquierda.

No era una chica a la que una llamada telefónica le produjera gran efecto. Se comportaba como si el teléfono hubiera estado sonando constantemente desde que alcanzó la pubertad.

Mientras sonaba el teléfono, con el pincelito del esmalte se repasó una uña del dedo meñique, acentuando el borde de la lúnula. Tapó el frasco y, poniéndose de pie, abanicó en el aire su mano pintada, la izquierda. Con la mano seca, tomó del alféizar un cenicero repleto y lo llevó hasta la mesita de noche, donde estaba el teléfono. Se sentó en una de las dos camas gemelas ya hecha y-ya era la cuarta o quinta llamada-levantó el auricular del teléfono.

-Diga-dijo, manteniendo extendidos los dedos de la mano izquierda lejos de la bata de seda blanca, que era lo único que llevaba puesto, junto con las chinelas: los anillos estaban en el cuarto de baño.

-Su llamada a Nueva York, señora Glass-dijo la operadora.

-Gracias-contestó la chica, e hizo sitio en la mesita de noche para el cenicero.

A través del auricular llegó una voz de mujer:

-¿Muriel? ¿Eres tú?

La chica alejó un poco el auricular del oído.

-Sí, mamá. ¿Cómo estás?-dijo.

-He estado preocupadísima por ti. ¿Por qué no has llamado? ¿Estás bien?

-Traté de telefonear anoche y anteanoche. Los teléfonos aquí han...

-¿Estás bien, Muriel?

La chica separó un poco más el auricular de su oreja.

-Estoy perfectamente. Hace mucho calor. Este es el día más caluroso que ha habido en Florida desde...

-¿Por qué no has llamado antes? He estado tan preocupada...

-Mamá, querida, no me grites. Te oigo perfectamente -dijo la chica-. Anoche te llamé dos veces. Una vez justo después...

-Le dije a tu padre que seguramente llamarías anoche. Pero no, él tenía que... ¿estás bien, Muriel? Dime la verdad.

-Estoy perfectamente. Por favor, no me preguntes siempre lo mismo.

-¿Cuándo llegasteis?

-No sé... el miércoles, de madrugada.

-¿Quién condujo?

-Él-dijo la chica-. Y no te asustes. Condujo bien. Yo misma estaba asombrada.

-¿Condujo él? Muriel, me diste tu palabra de que...

-Mamá-interrumpió la chica-, acabo de decírtelo. Condujo perfectamente. No pasamos de ochenta en todo el trayecto, esa es la verdad.

-¿No trató de hacer el tonto otra vez con los árboles?

-Vuelvo a repetirte que condujo muy bien, mamá. Vamos, por favor. Le pedí que se mantuviera cerca de la línea blanca del centro, y todo lo demás, y entendió perfectamente, y lo hizo. Hasta se esforzaba por no mirar los árboles... se notaba. Por cierto, ¿papá ha hecho arreglar el coche?

-Todavía no. Es que piden cuatrocientos dólares, sólo para...

-Mamá, Seymour le dijo a papá que pagaría él. Así que no hay motivo para...

-Bueno, ya veremos. ¿Cómo se portó? Digo, en el coche y demás...

-Muy bien-dijo la chica.

-¿Sigue llamándote con ese horroroso...?

-No. Ahora tiene uno nuevo

-¿Cuál?

-Mamá... ¿qué importancia tiene?

-Muriel, insisto en saberlo. Tu padre...

-Está bien, está bien. Me llama Miss Buscona Espiritual 1948-dijo la chica, con una risita.

-No tiene nada de gracioso, Muriel. Nada de gracioso. Es horrible. Realmente, es triste. Cuando pienso cómo...

-Mamá-interrumpió la chica-, escúchame. ¿Te acuerdas de aquel libro que me mandó de Alemania? Unos poemas en alemán. ¿Qué hice con él? Me he estado rompiendo la cabeza...

-Lo tienes tú.

-¿Estás segura?-dijo la chica.

-Por supuesto. Es decir, lo tengo yo. Está en el cuarto de Freddy. Lo dejaste aquí y no había sitio en la... ¿Por qué? ¿Te lo ha pedido él?

-No. Simplemente me preguntó por él, cuando veníamos en el coche. Me preguntó si lo había leído.

-¡Pero está en alemán!

-Sí, mamita. Ese detalle no tiene importancia-dijo la chica, cruzando las piernas-. Dijo que casualmente los poemas habían sido escritos por el único gran poeta de este siglo. Me dijo que debería haber comprado una traducción o algo así. O aprendido el idioma... nada menos...

-Espantoso. Espantoso. Es realmente triste... Ya decía tu padre anoche...

-Un segundo, mamá-dijo la chica. Se acercó hasta el alféizar en busca de cigarrillos, encendió uno y volvió a sentarse en la cama-. ¿Mamá?-dijo, echando una bocanada de humo.

-Muriel, mira, escúchame.

-Te estoy escuchando.

-Tu padre habló con el doctor Sivetski.

-¿Sí?-dijo la chica.

-Le contó todo. Por lo menos, eso me dijo, ya sabes cómo es tu padre. Los árboles. Ese asunto de la ventana. Las cosas horribles que le dijo a la abuela acerca de sus proyectos sobre la muerte. Lo que hizo con esas fotos tan bonitas de las Bermudas... ¡Todo!

-¿Y...?-dijo la chica.

-En primer lugar, dijo que era un verdadero crimen que el ejército lo hubiera dado de alta del hospital. Palabra. En definitiva, dijo a tu padre que hay una posibilidad, una posibilidad muy grande, dijo, de que Seymour pierda por completo la razón. Te lo juro.

-Aquí, en el hotel, hay un psiquiatra -dijo la chica.

-¿Quién? ¿Cómo se llama?

-No sé. Rieser o algo así. Dicen que es un psiquiatra muy bueno.

-Nunca lo he oído nombrar.

-De todos modos, dicen que es muy bueno.

-Muriel, por favor, no seas inconsciente. Estamos muy preocupados por ti. Lo cierto es que... anoche tu padre estuvo a punto de enviarte un telegrama para que volvieras inmediatamente a casa... -Por ahora no pienso volver, mamá. Así que tómalo con calma

-Muriel, te doy mi palabra. El doctor Sivetski ha dicho que Seymour podía perder por completo la...

-Mamá, acabo de llegar. Hace años que no me tomo vacaciones, y no pienso meter todo en la maleta y volver a casa porque sí-dijo la chica-. Por otra parte, ahora no podría viajar. Estoy tan quemada por el sol que ni me puedo mover.

-¿Te has quemado mucho? ¿No has usado ese bronceador que te puse en la maleta? Está...

-Lo usé. Pero me quemé lo mismo.

-¡Qué horror! ¿Dónde te has quemado?

-Me he quemado toda, mamá, toda.

-¡Qué horror!

-No me voy a morir.

-Dime, ¿has hablado con ese psiquiatra?

-Bueno... sí... más o menos...-dijo la chica.

-¿Qué dijo? ¿Dónde estaba Seymour cuando le hablaste?

-En la Sala Océano, tocando el piano. Ha tocado el piano las dos noches que hemos pasado aquí.

-Bueno, ¿qué dijo?

-¡Oh, no mucho! ¡Él fue el primero en hablar. Yo estaba sentada anoche a su lado, jugando al bingo, y me preguntó si el que tocaba el piano en la otra sala era mi marido. Le dije que sí, y me preguntó si Seymour había estado enfermo o algo por el estilo. Entonces yo le dije...

-¿Por qué te hizo esa pregunta?

-No sé, mamá. Tal vez porque lo vio tan pálido, y yo qué sé-dijo la chica-. La cuestión es que, después de jugar al bingo, él y su mujer me invitaron a tomar una copa. Y yo acepté. La mujer es espantosa. ¿Te acuerdas de aquel vestido de noche tan horrible que vimos en el escaparate de Bonwit? Aquel vestido que tú dijiste que para llevarlo había que tener un pequeño, pequeñísimo...

-¿El verde?

-Lo llevaba puesto. ¡Con unas cadenas...! Se pasó el rato preguntándome si Seymour era pariente de esa Suzanne Glass que tiene una tienda en la avenida Madison... la mercería...

-Pero ¿qué dijo él? El médico.

-Ah, sí... Bueno... en realidad, no dijo mucho. Sabes, estábamos en el bar. Había mucho barullo.

-Sí, pero... ¿le... le dijiste lo que trató de hacer con el sillón de la abuela?

-No, mamá. No entré en detalles-dijo la chica-. Seguramente podré hablar con él de nuevo. Se pasa todo el día en el bar.

-¿No dijo si había alguna posibilidad de que pudiera ponerse... ya sabes, raro, o algo así...? ¿De que pudiera hacerte algo...?

-En realidad, no-dijo la chica-. Necesita conocer más detalles, mamá. Tienen que saber todo sobre la infancia de uno... todas esas cosas. Ya te digo, había tanto ruido que apenas podíamos hablar.

-En fin. ¿Y tu abrigo azul?

-Bien. Le subí un poco las hombreras.

-¿Cómo es la ropa este año?

-Terrible. Pero preciosa. Con lentejuelas por todos lados.

-¿Y tu habitación?

-Está bien. Pero nada más que eso. No pudimos conseguir la habitación que nos daban antes de la guerra-dijo la chica-. Este año la gente es espantosa. Tendrías que ver a los que se sientan al lado nuestro en el comedor. Parece que hubieran venido en un camión.

-Bueno, en todas partes es igual. ¿Y tu vestido de baile?

-Demasiado largo. Te dije que era demasiado largo.

-Muriel, te lo voy a preguntar una vez más... ¿En serio, va todo bien?

-Sí, mamá-dijo la chica-. Por enésima vez.

-¿Y no quieres volver a casa?

-No, mamá.

-Tu padre dijo anoche que estaría encantado de pagarte el viaje si quisieras irte sola a algún lado y pensarlo bien. Podrías hacer un hermoso crucero. Los dos pensamos...

-No, gracias-dijo la chica, y descruzó las piernas-.

-Mamá, esta llamada va a costar una for...

-Cuando pienso cómo estuviste esperando a ese muchacho durante toda la guerra... quiero decir, cuando una piensa en esas esposas alocadas que...

-Mamá-dijo la chica-. Colguemos. Seymour puede llegar en cualquier momento.

-¿Dónde está?

-En la playa.

-¿En la playa? ¿Solo? ¿Se porta bien en la playa?

-Mamá-dijo la chica-. Hablas de él como si fuera un loco furioso.

-No he dicho nada de eso, Muriel.

-Bueno, ésa es la impresión que das. Mira, todo lo que hace es estar tendido en la arena. Ni siquiera se quita el albornoz.

-¿Que no se quita el albornoz? ¿Por qué no?

-No lo sé. Tal vez porque tiene la piel tan blanca.

-Dios mío, necesita tomar sol. ¿Por qué no lo obligas?

-Lo conoces muy bien-dijo la chica, y volvió a cruzar las piernas-. Dice que no quiere tener un montón de imbéciles alrededor mirándole el tatuaje.

-¡Si no tiene ningún tatuaje! ¿O acaso se hizo tatuar cuando estaba en la guerra?

-No, mamá. No, querida-dijo la chica, y se puso de pie-. Escúchame, a lo mejor te llamo otra vez mañana.

-Muriel, hazme caso.

-Sí, mamá-dijo la chica, cargando su peso sobre la pierna derecha.

-Llámame en cuanto haga, o diga, algo raro..., ya me entiendes. ¿Me oyes?

-Mamá, no le tengo miedo a Seymour.

-Muriel, quiero que me lo prometas.

-Bueno, te lo prometo. Adiós, mamá-dijo la chica-. Besos a papá-y colgó.

-Ver más vidrio-dijo Sybil Carpenter, que estaba alojada en el hotel con su madre-. ¿Has visto más vidrio?

-Cariño, por favor, no sigas repitiendo eso. Vas a volver loca a mamaíta. Estate quieta, por favor. La señora Carpenter untaba la espalda de Sybil con bronceador, repartiéndolo sobre sus omóplatos, delicados como alas. Sybil estaba precariamente sentada sobre una enorme y tensa pelota de playa, mirando el océano. Llevaba un traje de baño de color amarillo canario, de dos piezas, una de las cuales en realidad no necesitaría hasta dentro de nueve o diez años.

-No era más que un simple pañuelo de seda... una podía darse cuenta cuando se acercaba a mirarlo-dijo la mujer sentada en la hamaca contigua a la de la señora Carpenter-. Ojalá supiera cómo lo anudó. Era una preciosidad.

-Por lo que dice, debía de ser precioso-asintió la señora Carpenter.

-Estáte quieta, Sybil, cariño...

-¿Viste más vidrio?-dijo Sybil.

La señora Carpenter suspiró.

-Muy bien-dijo. Tapó el frasco de bronceador-. Ahora vete a jugar, cariño. Mamaíta va a ir al hotel a tomar un martini con la señora Hubbel. Te traeré la aceituna.

Cuando estuvo libre, Sybil echó a correr inmediatamente por el borde firme de la playa hacia el Pabellón de los Pescadores. Se detuvo únicamente para hundir un pie en un castillo de arena inundado y derruido, y en seguida dejó atrás la zona reservada a los clientes del hotel.

Caminó cerca de medio kilómetro y de pronto echó a correr oblicuamente, alejándose del agua hacia la arena blanda. Se detuvo al llegar junto a un hombre joven que estaba echado de espaldas.

-¿Vas a ir al agua, ver más vidrio?-dijo.

El joven se sobresaltó, llevándose instintivamente la mano derecha a las solapas del albornoz. Se volvió boca abajo, dejando caer una toalla enrollada como una salchicha que tenía sobre los ojos, y miró de reojo a Sybil.

-¡Ah!, hola, Sybil.

-¿Vas a ir al agua?

-Te esperaba-dijo el joven-. ¿Qué hay de nuevo?

-¿Qué?-dijo Sybil.

-¿Qué hay de nuevo? ¿Qué programa tenemos?

-Mi papá llega mañana en un avión-dijo Sybil, tirándole arena con el pie.

-No me tires arena a la cara, niña-dijo el joven, cogiendo con una mano el tobillo de Sybil-. Bueno, ya era hora de que tu papi llegara. Lo he estado esperando horas. Horas.

-¿Dónde está la señora?-dijo Sybil.

-¿La señora?-el joven hizo un movimiento, sacudiéndose la arena del pelo ralo-. Es difícil saberlo, Sybil. Puede estar en miles de lugares. En la peluquería. Tiñéndose el pelo de color visón. O en su habitación, haciendo muñecos para los niños pobres.

Se puso boca abajo, cerró los dos puños, apoyó uno encima del otro y acomodó el mentón sobre el de arriba.

-Pregúntame algo más, Sybil-dijo-. Llevas un bañador muy bonito. Si hay algo que me gusta, es un bañador azul.

Sybil lo miró asombrada y después contempló su prominente barriga.

-Es amarillo-dijo-. Es amarillo.

-¿En serio? Acércate un poco más.

Sybil dio un paso adelante.

-Tienes toda la razón del mundo. Qué tonto soy.

-¿Vas a ir al agua?-dijo Sybil.

-Lo estoy considerando seriamente, Sybil. Lo estoy pensando muy en serio.

Sybil hundió los dedos en el flotador de goma que el joven usaba a veces como almohadón.

-Necesita aire-dijo.

-Es verdad. Necesita más aire del que estoy dispuesto a admitir-retiró los puños y dejó que el mentón descansara en la arena-. Sybil-dijo-, estás muy guapa. Da gusto verte. Cuéntame algo de ti, estiró los brazos hacia delante y tomó en sus manos los dos tobillos de Sybil-. Yo soy capricornio. ¿Cuál es tu signo?

-Sharon Lipschutz dijo que la dejaste sentarse a tu lado en el taburete del piano-dijo Sybil.

-¿Sharon Lipschutz dijo eso?

Sybil asintió enérgicamente. Le soltó los tobillos, encogió los brazos y apoyó la mejilla en el antebrazo derecho.

-Bueno -dijo-. Tú sabes cómo son estas cosas, Sybil. Yo estaba sentado ahí, tocando. Y tú te habías perdido de vista totalmente y vino Sharon Lipschutz y se sentó a mi lado. No podía echarla de un empujón, ¿no es cierto?

-Sí que podías.

-Ah, no. No era posible. Pero ¿sabes lo que hice?

-¿Qué?

-Me imaginé que eras tú.

Sybil se agachó y empezó a cavar en la arena.

-Vayamos al agua-dijo.

-Bueno-replicó el joven-. Creo que puedo hacerlo.

-La próxima vez, échala de un empujón -dijo Sybil.

-¿Que eche a quién?

-A Sharon Lipschutz.

-Ah, Sharon Lipschutz -dijo él-. ¡Siempre ese nombre! Mezcla de recuerdos y deseos.-De repente se puso de pie y miró el mar-. Sybil-dijo-, ya sé lo que podemos hacer. Intentaremos pescar un pez plátano.

-¿Un qué?

-Un pez plátano-dijo, y desanudó el cinturón de su albornoz.

Se lo quitó. Tenía los hombros blancos y estrechos. El traje de baño era azul eléctrico. Plegó el albornoz, primero a lo largo y después en tres dobleces. Desenrolló la toalla que se había puesto sobre los ojos, la tendió sobre la arena y puso encima el albornoz plegado. Se agachó, recogió el flotador y se lo puso bajo el brazo derecho. Luego, con la mano izquierda, tomó la de Sybil.

Los dos echaron a andar hacia el mar.

-Me imagino que ya habrás visto unos cuantos peces plátano-dijo el joven.

Sybil negó con la cabeza.

-¿En serio que no? Pero, ¿dónde vives, entonces?

-No sé-dijo Sybil.

-Claro que lo sabes. Tienes que saberlo. Sharon Lipschutz sabe dónde vive, y sólo tiene tres años y medio.

Sybil se detuvo y de un tirón soltó su mano de la de él. Recogió una concha y la observó con estudiado interés. Luego la tiró.

-Whirly Wood, Connecticut-dijo, y echó nuevamente a andar, sacando la barriga.

-Whirly Wood, Connecticut-dijo el joven-. ¿Eso, por casualidad, no está cerca de Whirly Wood, Connecticut?

Sybil lo miró: -Ahí es donde vivo-dijo con impaciencia-. Vivo en Whirly Wood, Connecticut.

Se adelantó unos pasos, se cogió el pie izquierdo con la mano izquierda y dio dos o tres saltos.

-No puedes imaginarte cómo lo aclara todo eso -dijo él.

Sybil soltó el pie:

-¿Has leído El negrito Sambo?-dijo.

-Es gracioso que me preguntes eso-dijo él-.

Da la casualidad que acabé de leerlo anoche.-Se inclinó y volvió a tomar la mano de Sybil-. ¿Qué te pareció?

-¿Te acuerdas de los tigres que corrían todos alrededor de ese árbol?

-Creí que nunca iban a parar. Jamás vi tantos tigres.

-No eran más que seis-dijo Sybil.

-¡Nada más que seis! -dijo el joven-. ¿Y dices «nada más»?

-¿Te gusta la cera?-preguntó Sybil.

-¿Si me gusta qué?

-La cera. -Mucho. ¿A ti no?

Sybil asintió con la cabeza:

-¿Te gustan las aceitunas?-preguntó.

-¿Las aceitunas?... Sí. Las aceitunas y la cera. Nunca voy a ningún lado sin ellas.

-¿Te gusta Sharon Lipschutz?-preguntó Sybil.

-Sí. Sí me gusta. Lo que más me gusta de ella es que nunca hace cosas feas a los perritos en la sala del hotel. Por ejemplo, a ese bulldog enano de la señora canadiense. Te resultará difícil creerlo, pero hay algunas niñas que se divierten mucho pinchándolo con los palitos de los globos. Pero Sharon, jamás. Nunca es mala ni grosera. Por eso la quiero tanto.

Sybil no dijo nada.

-Me gusta masticar velas-dijo ella por último.

-Ah, ¿y a quién no?-dijo el joven mojándose los pies-. ¡Diablos, qué fría está!-Dejó caer el flotador en el agua-. No, espera un segundo, Sybil. Espera a que estemos un poquito más adentro.

Avanzaron hasta que el agua llegó a la cintura de Sybil. Entonces el joven la levantó y la puso boca abajo en el flotador.

-¿Nunca usas gorro de baño ni nada de eso?-preguntó él.

-No me sueltes-dijo Sybil-. Sujétame, ¿quieres?

-Señorita Carpenter, por favor. Yo sé lo que estoy haciendo-dijo el joven-. Ocúpate sólo de ver si aparece un pez plátano.

Hoy es un día perfecto para los peces plátano. -No veo ninguno-dijo Sybil.

-Es muy posible. Sus costumbres son muy curiosas. Muy curiosas.

Siguió empujando el flotador. El agua le llegaba al pecho.

-Llevan una vida triste-dijo-. ¿Sabes lo que hacen, Sybil?

Ella negó con la cabeza.

-Bueno, te lo explicaré. Entran en un pozo que está lleno de plátanos. Cuando entran, parecen peces como todos los demás. Pero, una vez dentro, se portan como cerdos, ¿sabes? He oído hablar de peces plátano que han entrado nadando en pozos de plátanos y llegaron a comer setenta y ocho plátanos-empujó al flotador y a su pasajera treinta centímetros más hacia el horizonte-. Claro, después de eso engordan tanto que ya no pueden salir. No pasan por la puerta.

-No vayamos tan lejos-dijo Sybil-. ¿Y qué pasa después con ellos?

-¿Qué pasa con quiénes?

-Con los peces plátano.

-Bueno, ¿te refieres a después de comer tantos plátanos que no pueden salir del pozo?

-Sí-dijo Sybil.

-Mira, lamento decírtelo, Sybil. Se mueren.

-¿Por qué?-preguntó Sybil.

-Contraen fiebre platanífera. Una enfermedad terrible.

-Ahí viene una ola-dijo Sybil nerviosa.

-No le haremos caso. La mataremos con la indiferencia-dijo el joven-, como dos engreídos.

Tomó los tobillos de Sybil con ambas manos y empujó hacia delante. El flotador levantó la proa por encima de la ola. El agua empapó los cabellos rubios de Sybil, pero sus gritos eran de puro placer.

Cuando el flotador estuvo nuevamente inmóvil, se apartó de los ojos un mechón de pelo pegado, húmedo, y comentó:

-Acabo de ver uno.

-¿Un qué, amor mío?

-Un pez plátano.

-¡No, por Dios!-dijo el joven-. ¿Tenía algún plátano en la boca?

-Sí-dijo Sybil-. Seis.

De pronto, el joven tomó uno de los mojados pies de Sybil que colgaban por el borde del flotador y le besó la planta.

-¡Eh!-dijo la propietaria del pie, volviéndose.

-¿Cómo, eh? Ahora volvamos. ¿Ya te has divertido bastante?

-¡No!

-Lo siento-dijo, y empujó el flotador hacia la playa hasta que Sybil descendió. El resto del camino lo llevó bajo el brazo.

-Adiós -dijo Sybil, y salió corriendo hacia el hotel.

El joven se puso el albornoz, cruzó bien las solapas y metió la toalla en el bolsillo. Recogió el flotador mojado y resbaladizo y se lo acomodó bajo el brazo. Caminó solo, trabajosamente, por la arena caliente, blanda, hasta el hotel.

En el primer nivel de la planta baja del hotel-que los bañistas debían usar según instrucciones de la gerencia- entró con él en el ascensor una mujer con la nariz cubierta de pomada.

-Veo que me está mirando los pies-dijo él, cuando el ascensor se puso en marcha.

-¿Cómo dice?-dijo la mujer.

-Dije que veo que me está mirando los pies.

-Perdone, pero casualmente estaba mirando el suelo -dijo la mujer, y se volvió hacia las puertas del ascensor.

-Si quiere mirarme los pies, dígalo-dijo el joven-. Pero, maldita sea, no trate de hacerlo con tanto disimulo.

-Déjeme salir, por favor-dijo rápidamente la mujer a la ascensorista.

Cuando se abrieron las puertas, la mujer salió sin mirar hacia atrás.

-Tengo los pies completamente normales y no veo por qué demonios tienen que mirármelos-dijo el joven-. Quinto piso, por favor.

Sacó la llave de la habitación del bolsillo de su albornoz.

Bajó en el quinto piso, caminó por el pasillo y abrió la puerta del 507. La habitación olía a maletas nuevas de piel de ternera y a quitaesmalte de uñas.

Echó una ojeada a la chica que dormía en una de las camas gemelas. Después fue hasta una de las maletas, la abrió y extrajo una automática de debajo de un montón de calzoncillos y camisetas, una Ortgies calibre 7,65. Sacó el cargador, lo examinó y volvió a colocarlo. Quitó el seguro. Después se sentó en la cama desocupada, miró a la chica, apuntó con la pistola y se disparó un tiro en la sien derecha.

**JUSTO ANTES DE LA GUERRA CON LOS ESQUIMALES**

Durante cinco sábados seguidos, por las mañanas, Ginnie Maddox había jugado al tenis en las pistas del East Side con Selena Graff, compañera suya en la clase de la señorita Basehaar. Ginnie pensaba francamente que Selena era la más boba de toda la clase-en la que abundaban ostensiblemente las bobas de marca mayor-, pero al mismo tiempo no había nadie como Selena para traer continuamente nuevas cajas de pelotas de tenis. Su padre las fabricaba, o algo por el estilo. (Una noche durante la cena, para ilustración de toda la familia Maddox, Ginnie había evocado la visión de una comida en casa de los Graff; la escena suponía un criado perfecto que servía a todos por la izquierda, aunque en lugar de un vaso de jugo de tomate dejaba una lata de pelotas de tenis.) Pero esta historia de dejar a Selena en su casa con un taxi después del tenis y luego cargar-en cada ocasión-con el pago de todo el importe del viaje, era algo que a Ginnie le estaba alterando los nervios. Después de todo, la idea de coger un taxi en lugar del autobús había sido de la propia Selena. Y ese quinto sábado, mientras el taxi arrancaba dirigiéndose hacia el norte por la avenida York, Ginnie dijo de pronto:

-Oye, Selena...

-¿Qué?-dijo Selena, ocupada en tantear con una mano el suelo del taxi-. ¡No encuentro la funda de mi raqueta!-se lamentó.

Pese a la templada temperatura de ese mes de mayo, las dos chicas llevaban abrigos sobre sus shorts.

-La guardaste en el bolsillo-dijo Ginnie-. Escúchame ahora...

-¡Oh, menos mal! ¡Me has salvado la vida!

-Oye-dijo Ginnie, a quien no le interesaba la gratitud de Selena.

-¿Qué?

Ginnie decidió ir al grano. El taxi se estaba acercando a la casa de Selena.

-No tengo ganas de cargar otra vez con el pago de todo el viaje-dijo-. No soy millonaria, ¿sabes?

Selena puso primero expresión de asombrada, después de ofendida:

-¿Acaso no pago siempre la mitad?-preguntó con ingenuidad.

-No-replicó Ginnie rotundamente-. Pagaste la mitad el primer sábado, a comienzos del mes pasado. Y desde entonces, nunca más. No quiero ser mezquina, pero estoy viviendo con cuatro dólares y medio por semana. Y de ahí tengo que...

-Yo siempre traigo las pelotas de tenis, ¿no es cierto? -preguntó Selena con tono desagradable.

A veces Ginnie sentía ganas de matar a Selena.

-Tu padre las fabrica o algo así-dijo-. No te cuestan nada. Yo no tengo que pagar hasta la más mínima cosa que. . .

-Está bien, está bien-dijo Selena levantando la voz y con un aire de suficiencia como para asegurarse la última palabra.

En forma displicente, se revisó los bolsillos del abrigo.

-Sólo tengo treinta y cinco centavos-dijo, fríamente-. ¿Es bastante?

-No. Lo siento, pero me debes un dólar sesenta y cinco. He llevado la cuenta de cada...

-Tendré que subir y pedírselo a mamá. ¿No puedes esperar hasta el lunes? Podría llevarte el dinero a la clase de gimnasia, si eso te hace más feliz.

La actitud de Selena no invitaba a la clemencia.

-No-dijo Ginnie-. Tengo que ir al cine esta noche. Necesito el dinero.

Sumidas en un silencio hostil, las dos chicas miraron por ventanillas opuestas hasta que el taxi se detuvo frente a la casa de Selena. Entonces Selena, sentada del lado de la acera, se bajó. Dejando apenas abierta la puerta del automóvil, caminó con vivacidad y soltura hasta el edificio, como si fuera una reina de Hollywood de visita. Ginnie, con la cara ardiendo, pagó el importe del viaje.

Después recogió sus cosas de tenis-raqueta, toalla y sombrero para el sol-y fue detrás de Selena. A sus quince años, Ginnie medía alrededor de un metro setenta y cinco y su calzado de tenis era del número 40. Al entrar en el hall de la casa su sensación de torpeza caminando sobre suelas de goma le daba un aire de oso. Selena juzgó preferible contemplar fijamente el indicador de pisos del ascensor.

-Ahora me debes un dólar noventa-dijo Ginnie, acercándose al ascensor con grandes zancadas.

Selena se dio la vuelta.

-Tal vez te interese saber-dijo-que mi madre está muy enferma.

-¿Qué le pasa?

-Prácticamente tiene pulmonía, y si te parece que me divierte molestarla sólo por un asunto de dinero...-Selena pronunció la frase incompleta con todo el aplomo posible.

A Ginnie esta información la desconcertó un poco, aunque no sabía hasta qué punto podía ser verdad, pero no por eso cayó en sentimentalismos.

-Yo no se la contagié-dijo, y entró en el ascensor.

Luego que Selena tocó el timbre del piso, las hicieron pasar, o, mejor dicho, la puerta fue entornada por una criada negra con la que, al parecer, Selena no se hallaba en muy buenas relaciones. Ginnie dejó caer sus cosas de tenis en una silla del vestíbulo y siguió a Selena. En la sala, Selena se volvió y dijo:

-¿Te molesta esperar aquí? Tal vez tenga que despertar a mamá y todo eso.

-De acuerdo -dijo Ginnie, y se dejó caer en un sofá.

-Nunca hubiera creído que podías ser tan mezquina -dijo Selena, que estaba lo bastante enojada como para usar la palabra «mezquina», aunque le faltaba valor para poder subrayarla.

-Ahora estás enterada-dijo Ginnie, y le abrió en la cara un ejemplar de Vogue. Mantuvo en esa posición la revista hasta que Selena abandonó la habitación, y después volvió a dejarla sobre el aparato de radio. Examinó el cuarto con la mirada, redistribuyendo los muebles mentalmente, tirando lámparas de mesa, quitando flores artificiales. En su opinión, era una habitación totalmente horrible, lujosa, pero cursi.

De pronto se oyó una voz masculina que gritaba desde otra parte de la vivienda:

-¡Eric! ¿Eres tú?

Ginnie supuso que era el hermano de Selena, a quien ella no conocía. Cruzó sus largas piernas, arregló los bajos de su abrigo sobre las rodillas y esperó.

Un joven con gafas, en pijama, descalzo, se precipitó en la habitación, con la boca abierta.

-Diablos, creí que era Eric-dijo. Sin detenerse y con un aire extremadamente lamentable, siguió a través de la habitación apretando algo contra su pecho estrecho. Se sentó en el otro extremo del sofá.

-Acabo de cortarme este asqueroso dedo-dijo con cierta ansiedad. Miró a Ginnie como si fuera natural que la joven estuviera sentada allí-. ¿Alguna vez te has cortado un dedo? ¿Hasta el hueso?- preguntó. Su voz chillona contenía un verdadero ruego, como si Ginnie, con su respuesta, pudieraevitarle la desagradable tarea de romper el hielo.

Ginnie lo contempló extrañada.

-Bueno, no precisamente hasta el hueso-dijo-. Pero me he cortado.

Era el muchacho, o el hombre-le era difícil determinarlo-, más cómico que había visto jamás. Tenía el pelo revuelto como si acabara de levantarse, y una barba rala y rubia, como de dos días o más. Su aspecto era... bueno, parecía un tonto.

-¿Cómo te has cortado?-preguntó Ginnie.

Con la boca floja y entreabierta, tenía la vista fija en el dedo lastimado.

-¿Qué?-dijo él.

-¿Cómo te has cortado?

-¿Cómo diablos puedo saberlo?-dijo, dando a entender con su entonación que la respuesta a esa pregunta era irremisiblemente oscura-. Buscaba algo en la asquerosa papelera, y estaba llena de hojas de afeitar.

-¿Eres hermano de Selena?-preguntó Ginnie.

-Sí, diablos, me estoy desangrando. No te vayas. Tal vez necesite una de esas inmundas transfusiones.

-¿Te has puesto algo?

El hermano de Selena apartó un poco la mano herida del pecho y se quitó la venda para que Ginnie disfrutara de su aspecto.

-Sólo papel higiénico-dijo-. Para la sangre. Como cuando uno se corta al afeitarse -de nuevo miró a Ginnie-. ¿Quién eres?-preguntó-, ¿amiga de esa estúpida?

-Vamos a la misma clase.

-¿Sí? ¿Cómo te llamas?

-Virginia Maddox.

-¿Eres Ginnie?-dijo, observándola con los ojos entrecerrados tras las gafas-. ¿Eres Ginnie Maddox?

-Sí-dijo Ginnie, descruzando las piernas.

El hermano de Selena volvió a fijarse en el dedo, evidentemente su verdadero y único centro de atención.

-Conozco a tu hermana-le dijo con tono de indiferencia-. Es una asquerosa esnob.

Ginnie se enderezó.

-¿Quién?

-Ya me has oído.

-Mi hermana no es una esnob.

-Vaya si lo es-dijo el hermano de Selena.

-No lo es.

-¡Ya lo creo! Es la reina. La reina de todas las esnobs.

Ginnie observaba cómo levantaba los gruesos pliegues de papel higiénico y miraba por debajo.

-¡Ni siquiera conoces a mi hermana!

-¿Que no la conozco?

-¿Cómo se llama?... ¿Cuál es su nombre de pila? -preguntó Ginnie enfáticamente:

-Joan... Joan, la esnob.

Ginnie se calló.

-¿Cómo es?-preguntó de pronto.

No hubo respuesta.

-¿Cómo es?-insistió Ginnie.

-Si fuera la mitad de bonita de lo que cree ser, tendría una suerte endiablada-dijo el hermano de Selena.

Esta respuesta alcanzaba el nivel de interesante, según la opinión secreta de Ginnie.

-Nunca la oí hablar de ti-dijo.

-¡No me digas! Se me parte el corazón.

-De todos modos, está comprometida-dijo Ginnie, observándolo-. Se casa el mes que viene.

-¿Con quién?-preguntó él, levantando los ojos.

Ginnie aprovechó la ocasión:

-Con nadie a quien tú conozcas.

De nuevo empezó él a escarbar su obra de primeros auxilios:

-Lo compadezco-dijo.

Ginnie resopló.

-Sigue sangrando como un loco. ¿Crees que tendría que ponerle algo? ¿Qué será bueno? ¿Crees que la mercromina servirá de algo?

-El yodo es mejor-dijo Ginnie. Luego, pensando que su respuesta era demasiado cortés dadas las circunstancias, añadió:-Para eso la mercromina no sirve de nada.

-¿Por qué no? ¿Qué tiene?

-Simplemente, que para eso no sirve, nada más. Ahí hay que poner yodo.

-Pero escuece muchísimo, ¿no?-preguntó, mirando a Ginnie-. ¿No quema como el demonio?

-Si -dijo Ginnie-, pero no te vas a morir por eso.

Sin ofenderse, al parecer, por el tono de voz de Ginnie, el hermano de Selena dedicó otra vez su atención al dedo lastimado.

-Si quema, no me gusta-dijo.

-A nadie le gusta.

-Así es-dijo, asintiendo con la cabeza.

Ginnie lo observó por un instante.

-Deja de tocarte-exclamó repentinamente.

El hermano de Selena apartó la mano sana como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Se irguió un poco o mejor dicho, se repantigó un poco menos. Fijó la vista en algún objeto situado en el otro lado de la habitación. Una expresión casi soñadora inundó sus facciones irregulares. Metió la uña del dedo índice de la mano sana en el intersticio entre los incisivos, sacó una partícula de comida y se volvió hacia Ginnie.

-¿Ya has comido?-preguntó.

-¿Como?

-Que si ya has comido..

Ginnie negó con la cabeza.

-Comeré cuando llegue a casa-dijo-. Mi madre siempre me tiene la comida lista cuando llego.

-Tengo medio bocadillo de pollo en mi cuarto. ¿No lo quieres? Ni lo he tocado.

-No, gracias. De verdad.

-Vamos, acabas de jugar al tenis. ¿No tienes hambre?

-No es eso-dijo Ginnie, cruzando las piernas-. Es que mi madre me tiene la comida lista cuando llego a casa. Quiero decir que, si no tengo hambre cuando llego, se pone mala.

Al parecer, el hermano de Selena aceptó esa explicación. Por lo menos, asintió con la cabeza y miró hacia otro lado. Pero de pronto se volvió:

-¿Y un vaso de leche?-dijo.

-No, gracias... pero te lo agradezco.

Luego, distraídamente, él se inclinó y se rascó el tobillo desnudo.

-¿Cómo se llama ese tipo con el que se va a casar? -preguntó.

-¿Quién...? ¿Joan?-dijo Ginnie-. Dick Heffner.

El hermano de Selena continuó rascándose el tobillo.

-Es un capitán de fragata-dijo Ginnie.

-¡Qué bárbaro!

Ginnie lanzó una risita. Lo miró rascarse el tobillo hasta que se le puso rojo. Cuando empezó a arrancarse con una uña una costrita que tenía en la piel, dejó de mirarlo.

-¿De qué conoces a Joan?-preguntó-. Nunca te vi en casa ni en ningún otro sitio.

-Nunca estuve en tu asquerosa casa.

Ginnie esperó, pero no hubo nada después de esta.

-¿Dónde la conociste, entonces?-preguntó.

-En una fiesta.

-¿En una fiesta? ¿Cuándo?

-No sé. En la Navidad del 42.

Con dos dedos sacó del bolsillo superior del pijama un cigarrillo que parecía haber pasado allí toda la noche.

-¿Me tiras esos fósforos?-dijo.

Ginnie le pasó una cajita de fósforos que estaba sobre la mesa junto a ella. Encendió el arrugado cigarrillo y guardó el fósforo quemado en la cajita. Inclinando la cabeza hacia atrás, exhaló lentamente una enorme cantidad de humo por la boca y lo inhaló por la nariz. Siguió fumando en este estilo «a la francesa». Muy probablemente no era una escena de vodevil en un sofá, sino más bien la exhibición privada de un joven que, en un momento u otro, podía haber intentado afeitarse con la mano izquierda.

-¿Por qué dices que Joan es esnob?-preguntó Ginnie.

-¿Por qué? Porque lo es. ¿Cómo diablos voy a saber por qué?

-Sí, pero ¿por qué dices que lo es?

Volvió con cansancio la cabeza hacia ella.

-Escucha. Le escribí ocho malditas cartas. Ocho. No me contestó ni una.

Ginnie vaciló.

-Bueno, a lo mejor tenía mucho que hacer.

-Claro, estaría ocupada como una laboriosa abejita de mierda.

-¿Tienes necesidad de hablar de esa manera?-preguntó Ginnie.

-¡Mierda, es verdad que hablo mal!

Ginnie se echó a reír.

-De todas maneras, ¿cuánto tiempo hace que la conoces?

-Bastante tiempo.

-Quiero decir, ¿la has llamado por teléfono o algo por el estilo?

-No.

-Bueno, si nunca la llamaste ni nada...

-¡No podía hacerlo, diablos!

-¿Por qué no?

-¡Porque ni siquiera estaba en Nueva York!

-Ah... ¿Y dónde estabas?

-¿Yo? En Ohio.

-¿En la universidad?

-No. Lo dejé.

-¿En el ejército?

-No-con la mano que sostenía el cigarrillo, el hermano de Selena se dio un golpecito en el costado izquierdo del pecho-. La maquinita-dijo.

-¿El corazón?-preguntó Ginnie-. ¿Qué le pasa?

-No sé qué diablos le pasa. Tuve fiebre reumática cuando era pequeño. Un dolor infernal en...

-Bueno, pero ¿no tienes que dejar de fumar? ¿No te dijeron que no debes fumar más y todo eso? El médico le dijo a mi...

-Oh, te dicen un montón de chorradas-dijo él.

Ginnie dejó de ametrallarlo durante un breve momento. Muy breve.

-Y, en Ohio, ¿qué hacías?-preguntó.

-¿Yo? Trabajaba en una asquerosa fábrica de aviones.

-¿En serio?-dijo Ginnie-. ¿Te gustaba?

-«¿Te gustaba?»-remedó él-. Me encantaba. Adoro los aviones. Son tan «ricos»...

Ginnie estaba demasiado interesada ahora como para sentirse ofendida.

-¿Cuánto tiempo trabajaste? En la fábrica de aviones, quiero decir.

-Diablos, no sé. Treinta y siete meses-se puso de pie y se acercó a la ventana. Miró hacia la calle mientras se rascaba la columna vertebral con el pulgar-. Míralos -dijo-. Imbéciles de mierda.

-¿Quiénes?-dijo Ginnie.

-Yo qué sé. Cualquiera.

-Si pones el dedo hacia abajo va a sangrarte de nuevo -dijo Ginnie.

La escuchó. Apoyó el pie izquierdo en el reborde de la ventana y descansó su mano herida sobre el muslo en posición horizontal. Seguía mirando hacia la calle.

-Todos van a esa inmunda oficina de reclutamiento -dijo-. En la próxima pelearemos con los esquimales. ¿No lo sabías?

-¿Con quiénes?-dijo Ginnie.

-Con los esquimales... presta atención, ¡demonios!

-¿Por qué con los esquimales?

-Yo que sé. ¿Cómo diablos voy a saberlo? Esta vez van a ir todos los viejos. Los tipos de sesenta años. No podrá ir nadie si no anda por los sesenta-dijo-. Les darán menos horas de trabajo, nada más... Es fenomenal.

-Tú no irías de todos modos -replicó Ginnie, quien no quería decir más que la verdad, aunque sabía, aun antes de terminar la frase, que había dicho lo que no debía.

-Ya lo sé-dijo rápidamente, y bajó el pie. Subió un poco la ventana y arrojó el cigarrillo a la calle.

Después se volvió-: Oye. Hazme un favor. Cuando venga ese tipo, dile que estaré listo en dos segundos, ¿quieres? Sólo tengo que afeitarme, nada más. ¿De acuerdo?

Ginnie asintió.

-¿Quieres que le diga a Selena que se dé prisa o algo? ¿Sabe que estás aquí?

-Sí, ya lo sabe-dijo Ginnie-. Y no tengo prisa. Gracias.

El hermano de Selena asintió. Acto seguido echó una última y larga mirada a su dedo herido, como para comprobar que estaba en condiciones de efectuar el viaje de vuelta a su habitación.

-¿Por qué no le pones una venda adhesiva? ¿No tienes una o cualquier otra cosa?

-Noo...-dijo-. Bueno. Cuídate-y salió de la habitación.

Pocos segundos después estaba de vuelta con el medio bocadillo en la mano.

-Cómetelo-dijo-. Está bueno.

-En realidad, no tengo...

-¡Demonios, tómalo! No le he puesto veneno ni nada por el estilo.

-Bueno, te lo agradezco mucho-dijo Ginnie, aceptando el medio bocadillo.

-Es de pollo-explicó de pie junto a ella, observándola-. Lo compré anoche en una asquerosa Delikatessen.

-Tiene muy buen aspecto.

-Bueno, ¡cómelo, entonces!

Ginnie le dio un mordisco.

-Está bueno, ¿verdad?

Ginnie tragó con gran dificultad.

-Muy bueno-dijo.

El hermano de Selena asintió. Paseó la mirada por la habitación, rascándose el pecho.

-Bueno, supongo que tendré que vestirme... ¡Maldita sea! ¡El timbre! ¡Abur!-Desapareció.

Al quedarse sola, Ginnie miró a su alrededor, sin levantarse, en busca de un buen sitio donde arrojar el bocadillo. Oyó que alguien venía a través del vestíbulo. Metió el bocadillo en el bolsillo de su abrigo.

Un hombre de unos treinta años, ni alto ni bajo, entró en la habitación. Sus facciones regulares, el corte de su traje, su cabello corto, el dibujo de su foulard no daban ninguna información precisa sobre él. Podía pertenecer a la redacción de una revista, o ser aspirante a redactor. Quizá estuviera en el elenco de una obra de teatro que acababa de representarse en Filadelfia, o tal vez trabajase en un bufete de abogado.

-Hola-dijo, cordialmente, a Ginnie.

-Hola.

-¿Has visto a Franklin?-preguntó.

-Está afeitándose. Me dijo que te dijera que lo esperaras. En seguida sale.

-¿Afeitándose? Dios mío-el joven consultó su reloj. Luego se sentó en un sillón tapizado de rojo, cruzó las piernas y se cubrió la cara con las manos. Se frotó los párpados con las puntas de los dedos como si estuviera muy cansado o como si hubiera estado forzando los ojos-. Esta mañana ha sido la más horrible de toda mi vida-dijo, quitándose las manos de la cara. Hablaba exclusivamente con la laringe, como si estuviera demasiado cansado como para poner en sus palabras el aire de sus pulmones.

-¿Qué pasó?-preguntó Ginnie, mirándolo.

-Es demasiado largo de contar. Por norma, nunca aburro a la gente que no conozco desde hace por lo menos mil años -miró vagamente hacia la ventana-. Pero nunca intentaré, ni por asomo, juzgar a la naturaleza humana. Puedes decírselo tranquilamente a quien quieras.

-¿Qué pasó?-repitió Ginnie.

-Es una persona que está compartiendo el piso conmigo desde hace meses y meses y meses... Ni siquiera quiero comentar el tema... Este escritor-agregó con satisfacción, acordándose probablemente de la maldición favorita de una novela de Hemingway.

-¿Qué hizo?-repitió Ginnie.

-Francamente, ahora preferiría no entrar en detalles -dijo el joven. Sacó un cigarrillo de su paquete, sin hacer caso de una pitillera transparente que había sobre la mesa, y le prendió fuego con su propio encendedor. Sus manos eran grandes. No parecían fuertes, ni hábiles, ni sensibles. Y, sin embargo, las usaba como si tuvieran un poder estético propio, incontrolable-. Me he propuesto no pensar siquiera en ese asunto. Pero estoy tan furioso...-dijo-. Fíjate: aparece este personaje espantoso de Altoona, Pensilvania, o de algún lugar así. Muerto de hambre, al parecer. Yo fui lo bastante decente y bondadoso (soy el buen samaritano auténtico) para aceptarlo en mi piso, un piso tan microscópico que apenas puedo moverme yo mismo dentro de él. Lo presento a todos mis amigos. Dejo que llene toda la casa con sus horrorosos originales, sus colillas, las porquerías que come y todo lo demás. Lo presento a cuanto productor teatral hay en Nueva York. Le llevo y le traigo sus inmundas camisas de la lavandería. Y encima de todo eso...-el hombre se calló-. Y el producto de toda mi amabilidad y decencia-siguió-es que se va de mi casa a las cinco o a las seis de la mañana, sin dejar siquiera una carta, llevándose todo, absolutamente todo lo que pudo coger con sus puercas manos-hizo una pausa para aspirar el humo de su cigarrillo y luego lo echó por la boca en una delgada y silbante nube-. No quiero hablar de eso. En serio, no quiero-miró a Ginnie-. Me encanta tu abrigo-dijo, ya de pie. Se acercó a ella y tomó la solapa del abrigo entre los dedos-. Es precioso. Es el primer pelo de camello realmente bueno que veo desde la guerra. ¿Dónde lo conseguiste?

-Lo trajo mi madre de Nassau.

El hombre asintió pensativo y retrocedió hasta su silla.

-Es uno de los pocos lugares donde se puede conseguir pelo de camello realmente bueno-dijo. Se sentó-. ¿Estuvo mucho tiempo?

-¿Cómo?-dijo Ginnie.

-¿Estuvo tu madre allí mucho tiempo? Te lo pregunto porque mi madre estuvo en diciembre. Y parte de enero. Generalmente yo voy con ella, pero este año fue tan agitado que no pude ir.

-Estuvo en febrero-dijo Ginnie.

-Bárbaro. ¿Sabes dónde se hospedó?

-En casa de mi tía.

Movió la cabeza.

-¿Puedo saber tu nombre? Supongo que eres amiga de la hermana de Franklin.

-Estamos en la misma clase-dijo Ginnie, contestando solamente la segunda parte de la pregunta.

-Tú eres la famosa Maxine de la que Selena habla tanto, ¿verdad?

-No-dijo Ginnie.

De pronto el joven empezó a sacudirse los bajos del pantalón con la palma de la mano.

-Estoy de pelos de perro de la cabeza a los pies-dijo-. Mi madre fue a pasar el fin de semana a

Washington y me dejó la bestia en el piso. En realidad, es muy cariñoso. Pero tiene costumbres inmundas. ¿Tienes perro?

-No.

-Realmente pienso que es una crueldad tenerlos en la ciudad-dejó de sacudirse el pelo, se recostó en el asiento y miró nuevamente su reloj-. Este chico nunca es puntual. Vamos a ver La bella y la bestia, de Cocteau. Es la única película que merece la pena que uno llegue a tiempo. ¿La has visto?

-No.

-Tienes que verla. Yo la he visto ocho veces. Genio puro genio-dijo-. Hace meses que trato de que Franklin la vea-movió la cabeza con desencanto-. ¡El gusto que tiene! Durante la guerra, los dos trabajábamos en el mismo sitio horroroso y él insistía en llevarme a ver las películas más increíbles del mundo. Vimos películas de pistoleros, musicales...

-¿También trabajabas en la fábrica de aviones?-preguntó Ginnie.

-Sí, claro. Durante años y años y años. Por favor, no hablemos de eso.

-¿Tú también tienes un problema cardíaco?

-No, por favor. Toco madera-golpeó dos veces un brazo del sillón-. Soy fuerte como un...

Al entrar Selena en la habitación, Ginnie se levantó inmediatamente y se dirigió a su encuentro.

Selena se había puesto un vestido en lugar de los shorts, detalle que normalmente habría molestado a Ginnie.

-Lamento haberte hecho esperar-dijo Selena sin sinceridad-. Pero tuve que esperar a que mamá se despertara... Hola, Eric.

-¡Hola, hola!

-De todos modos, el dinero no lo quiero-dijo Ginnie, en voz baja para que sólo la oyera Selena.

-¿Cómo?

-Estuve pensando. Después de todo, tú siempre traes las pelotas de tenis. Me había olvidado.

-Como dijiste que yo, en cualquier caso, no las pagaba...

-Acompáñame a la puerta-dijo Ginnie, dirigiéndose a la puerta, sin decir adiós a Eric.

-¿Pero no dijiste que esta noche ibas al cine y necesitabas el dinero y qué sé yo?-dijo Selena en el vestíbulo.

-Estoy muy cansada-dijo Ginnie. Se inclinó y recogió todas sus cosas de tenis-. Escúchame. Te llamaré después de la cena. ¿Haces algo especial esta noche? A lo mejor, me doy una vuelta por aquí.

Selena la miró extrañada y dijo:

-De acuerdo.

Ginnie abrió la puerta del piso y caminó hasta el ascensor. Apretó el botón.

-He conocido a tu hermano-dijo.

-¿De veras? ¿No te parece un personaje?

-Por cierto, ¿a qué se dedica?-preguntó Ginnie con fingido descuido-. ¿Trabaja o qué?

-Acaba de abandonar los estudios. Papá quiere que vuelva a la universidad, pero él no va a ir.

-¿Por qué no?

-No lo sé. Dice que está muy viejo y todo eso.

-¿Cuántos años tiene?

-No sé. Veinticuatro.

Se abrieron las puertas del ascensor.

-¡Te llamaré más tarde!-dijo Ginnie.

Una vez fuera del edificio empezó a caminar hacia la avenida Lexington para tomar el autobús.

Entre la Tercera y Lexington metió la mano en el bolsillo para sacar el monedero y encontró el bocadillo. Lo extrajo y empezó a bajar la mano para dejarlo caer en la calle, pero volvió a guardarlo en el bolsillo. Pocos años atrás, le había llevado tres días tirar el pollito de Pascua que había encontrado muerto en el serrín del fondo de papelera.

**EL HOMBRE QUE RÍE**

En 1928, a los nueve años, yo formaba parte, con todo el espíritu de cuerpo posible, de una organización conocida como el Club de los Comanches. Todos los días de clase, a las tres de la tarde, nuestro Jefe nos recogía, a los veinticinco comanches, a la salida de la escuela número 165, en la calle 109, cerca de Amsterdam Avenue. A empujones y golpes entrábamos en el viejo autobús comercial que el Jefe había transformado. Siempre nos conducía (según los acuerdos económicos establecidos con nuestros padres) al Central Park. El resto de la tarde, si el tiempo lo permitía, lo dedicábamos a jugar al rugby, al fútbol o al béisbol, según la temporada. Cuando llovía, el Jefe nos llevaba invariablemente al Museo de Historia Natural o al Museo Metropolitano de Arte. Los sábados y la mayoría de las fiestas nacionales, el Jefe nos recogía por la mañana temprano en nuestras respectivas viviendas y en su destartalado autobús nos sacaba de Manhattan hacia los espacios comparativamente abiertos del Van Cortlandt Park o de Palisades. Si teníamos propósitos decididamente atléticos, íbamos a Van Cortlandt donde los campos de juego eran de tamaño reglamentario y el equipo contrario no incluía ni un cochecito de niño ni una indignada viejecita con bastón. Si nuestros corazones de comanches se sentían inclinados a acampar, íbamos a Palisades y nos hacíamos los robinsones. Recuerdo haberme perdido un sábado en alguna parte de la escabrosa zona de terreno que se extiende entre el cartel de Linit y el extremo oeste del puente George Washington. Pero no por eso perdí la cabeza. Simplemente me senté a la sombra majestuosa de un gigantesco anuncio publicitario y, aunque lagrimeando, abrí mi fiambrera por hacer algo, confiando a medias en que el Jefe me encontraría. El Jefe siempre nos encontraba. El resto del día, cuando se veía libre de los comanches el Jefe era John Gedsudski, de Staten Island. Era un joven tranquilo, sumamente tímido, de veintidós o veintitrés años, estudiante de derecho de la Universidad de Nueva York, y una persona memorable desde cualquier punto de vista. No intentaré exponer aquí sus múltiples virtudes y méritos. Sólo diré de paso que era un scout aventajado, casi había formado parte de la selección nacional de rugby de 1926, y era público y notorio que lo habían invitado muy cordialmente a presentarse como candidato para el equipo de béisbol de los New York Giants. Era un árbitro imparcial e imperturbable en todos nuestros ruidosos encuentros deportivos, un maestro en encender y apagar hogueras, y un experto en primeros auxilios muy digno de consideración. Cada uno de nosotros, desde el pillo más pequeño hasta el más grande, lo quería y respetaba.

Aún está patente en mi memoria la imagen del Jefe en 1928. Si los deseos hubieran sido centímetros, entre todos los comanches lo hubiéramos convertido rápidamente en gigante. Pero, siendo como son las cosas, era un tipo bajito y fornido que mediría entre uno cincuenta y siete y uno sesenta, como máximo. Tenía el pelo renegrido, la frente muy estrecha, la nariz grande y carnosa, y el torso casi tan largo como las piernas. Con la chaqueta de cuero, sus hombros parecían poderosos, aunque eran estrechos y caídos. En aquel tiempo, sin embargo, para mí se combinaban en el Jefe todas las características más fotogénicas de Buck Jones, Ken Maynard y Tom Mix, perfectamente amalgamadas.

Todas las tardes, cuando oscurecía lo suficiente como para que el equipo perdedor tuviera una excusa para justificar sus malas jugadas, los comanches nos refugiábamos egoístamente en el talento del Jefe para contar cuentos. A esa hora formábamos generalmente un grupo acalorado e irritable, y nos peleábamos en el autobús-a puñetazos o a gritos estridentes-por los asientos más cercanos al Jefe. (El autobús tenía dos filas paralelas de asientos de esterilla. En la fila de la izquierda había tres asientos adicionales -los mejores de todos-que llegaban hasta la altura del conductor.) El Jefe sólo subía al autobús cuando nos habíamos acomodado. A continuación se sentaba a horcajadas en su asiento de conductor, y con su voz de tenor atiplada pero melodiosa nos contaba un nuevo episodio de "El hombre que ríe". Una vez que empezaba su relato, nuestro interés jamás decaía. "El hombre que ríe" era la historia adecuada para un comanche. Hasta había alcanzado dimensiones clásicas. Era un cuento que tendía a desparramarse por todos lados, aunque seguía siendo esencialmente portátil. Uno siempre podía llevárselo a casa y meditar sobre él mientras estaba sentado, por ejemplo, en el agua de la bañera que se iba escurriendo.

Único hijo de un acaudalado matrimonio de misioneros, el "hombre que ríe" había sido raptado en su infancia por unos bandidos chinos. Cuando el acaudalado matrimonio se negó (debido a sus convicciones religiosas) a pagar el rescate para la liberación de su hijo, los bandidos, considerablemente agraviados, pusieron la cabecita del niño en un torno de carpintero y dieron varias vueltas hacia la derecha a la manivela correspondiente. La víctima de este singular experimento llegó a la mayoría de edad con una cabeza pelada, en forma de nuez (pacana) y con una cara donde, en vez de boca, exhibía una enorme cavidad ovalada debajo de la nariz. La misma nariz se limitaba a dos fosas nasales obstruidas por la carne. En consecuencia, cuando el "hombre que ríe" respiraba, la abominable siniestra abertura debajo de la nariz se dilataba y contraía (yo la veía así) como una monstruosa ventosa. (El Jefe no explicaba el sistema de respiración del "hombre que ríe" sino que lo demostraba prácticamente.) Los que lo veían por primera vez se desmayaban instantáneamente ante el aspecto de su horrible rostro. Los conocidos le daban la espalda. Curiosamente, los bandidos le permitían estar en su cuartel general-siempre que se tapara la cara con una máscara roja hecha de pétalos de amapola. La máscara no solamente eximía a los bandidos de contemplar la cara de su hijo adoptivo, sino que además los mantenía al tanto de sus andanzas; además, apestaba a opio.

Todas las mañanas, en su extrema soledad, el "hombre que ríe" se iba sigilosamente (su andar era suave como el de un gato) al tupido bosque que rodeaba el escondite de los bandidos. Allí se hizo amigo de muchísimos animales: perros, ratones blancos, águilas, leones, boas constrictor, lobos. Además, se quitaba la máscara y les hablaba dulcemente, melodiosamente, en su propia lengua. Ellos no lo consideraban feo.

Al Jefe le llevó un par de meses llegar a este punto de la historia. De ahí en adelante los episodios se hicieron cada vez más exóticos, a tono con el gusto de los comanches. El "hombre que ríe" era muy hábil para informarse de lo que pasaba a su alrededor, y en muy poco tiempo pudo conocer los secretos profesionales más importantes de los bandidos. Sin embargo, no los tenía en demasiada estima y no tardó mucho en crear un sistema propio más eficaz. Empezó a trabajar por su cuenta. En pequeña escala, al principio-robando, secuestrando, asesinando sólo cuando era absolutamente necesario-se dedicó a devastar la campiña china. Muy pronto sus ingeniosos procedimientos criminales, junto con su especial afición al juego limpio, le valieron un lugar especialmente destacado en el corazón de los hombres. Curiosamente, sus padres adoptivos (los bandidos que originalmente lo habían empujado al crimen) fueron los últimos en tener conocimiento de sus hazañas. Cuando se enteraron, se pusieron tremendamente celosos. Uno a uno desfilaron una noche ante la cama del "hombre que ríe", creyendo que habían podido dormirlo profundamente con algunas drogas que le habían dado, y con sus machetes apuñalaron repetidas veces el cuerpo que yacía bajo las mantas. Pero la víctima resultó ser la madre del jefe de los bandidos, una de esas personas desagradables y pendencieras. El suceso no hizo más que aumentar la sed de venganza de los bandidos, y finalmente el "hombre que ríe" se vio obligado a encerrar a toda la banda en un mausoleo profundo, pero agradablemente decorado. De cuando en cuando se escapaban y le causaban algunas molestias, pero él no se avenía a matarlos. (El "hombre que ríe" tenía una faceta compasiva que a mí me enloquecía.)

Poco después el "hombre que ríe" empezaba a cruzar regularmente la frontera china para ir a París, donde se divertía ostentando su genio conspicuo pero modesto frente a Marcel Dufarge, detective internacionalmente famoso y considerablemente inteligente, pero tísico. Dufarge y su hija (una chica exquisita, aunque con algo de travesti) se convirtieron en los enemigos más encarnizados del "hombre que ríe". Una y otra vez trataron de atraparlo mediante ardides. Nada más que por amor al riesgo, al principio el "hombre que ríe" muchas veces simulaba dejarse engañar, pero luego desaparecía de pronto, sin dejar ni el mínimo rastro de su método para escapar. De vez en cuando enviaba una breve e incisiva nota de despedida por la red de alcantarillas de París, que llegaba sin tardanza a manos de Dufarge. Los Dufarge se pasaban gran parte del tiempo chapoteando en las alcantarillas de París.

Muy pronto el "hombre que ríe" consiguió reunir la fortuna personal más grande del mundo. Gran parte de esa fortuna era donada en forma anónima a los monjes de un monasterio local, humildes ascetas que habían dedicado sus vidas a la cría de perros de policía alemanes. El "hombre que ríe" convertía el resto de su fortuna en brillantes que bajaba despreocupadamente a cavernas de esmeralda, en las profundidades del mar Negro. Sus necesidades personales eran pocas. Se alimentaba únicamente de arroz y sangre de águila, en una pequeña casita con un gimnasio y campo de tiro subterráneos, en las tormentosas costas del Tíbet. Con él vivían cuatro compañeros que le eran fieles hasta la muerte: un lobo furtivo llamado Ala Negra, un enano adorable llamado Omba, un gigante mongol llamado Hong, cuya lengua había sido quemada por hombres blancos, y una espléndida chica euroasiática que, debido a su intenso amor por el "hombre que ríe" y a su honda preocupación por su seguridad personal, solía tener una actitud bastante rígida respecto al crimen. El "hombre que ríe" emitía sus órdenes a sus subordinados a través de una máscara de seda negra. Ni siquiera Omba, el enano adorable, había podido ver su cara.

No digo que lo vaya a hacer, pero podría pasarme horas llevando al lector-a la fuerza, si fuere necesario-de un lado a otro de la frontera entre París y China. Yo acostumbro a considerar al "hombre que ríe" algo así como a un superdistinguido antepasado mío, una especie de Robert E. Lee, digamos, con todas las virtudes del caso. Y esta ilusión resulta verdaderamente moderada si se la compara con la que abrigaba hacia 1928, cuando me sentía, no solamente descendiente directo del "hombre que ríe", sino además su único heredero viviente. En 1928 ni siquiera era hijo de mis padres, sino un impostor de astucia diabólica, a la espera de que cometieran el mínimo error para descubrir-preferentemente de modo pacífico, aunque podía ser de otro modo-mi verdadera identidad.

Para no matar de pena a mi supuesta madre, pensaba emplearla en alguna de mis actividades subrepticias, en algún puesto indefinido, pero de verdadera responsabilidad. Pero lo más importante para mí en 1928 era andar con pies de plomo. Seguir la farsa. Lavarme los dientes. Peinarme. Disimular a toda costa mi risa realmente aterradora.

En realidad, yo era el único descendiente legítimo del "hombre que ríe". En el club había veinticinco comanches -veinticinco legítimos herederos del "hombre que ríe"-todos circulando amenazadoramente, de incógnito por la ciudad, elevando a los ascensoristas a la categoría de enemigos potenciales, mascullando complejas pero precisas instrucciones en la oreja de los cocker spaniel, apuntando con el dedo índice, como un fusil, a la cabeza de los profesores de matemáticas. Y esperando, siempre esperando el momento para suscitar el terror y la admiración en el corazón del ciudadano común.

Una tarde de febrero, apenas iniciada la temporada de béisbol de los comanches, observé un detalle nuevo en el autobús del Jefe. Encima del espejo retrovisor, sobre el parabrisas, había una foto pequeña, enmarcada, de una chica con toga y birrete académicos. Me pareció que la foto de una chica desentonaba con la exclusiva decoración para hombres del autobús y, sin titubear, le pregunté al Jefe quién era. Al principio fue evasivo, pero al final reconoció que era una muchacha. Le pregunté cómo se llamaba. Su contestación, todavía un poco reticente, fue "Mary Hudson". Le pregunté si trabajaba en el cine o en alguna cosa así. Me dijo que no, que iba al Wellesley College. Agregó, tras larga reflexión, que el Wellesley era una universidad de alta categoría. Le pregunté, entonces, por qué tenía su foto en el autobús. Encogió levemente los hombros, lo bastante como para sugerir-me pareció-que la foto había sido más o menos impuesta por otros. Durante las dos semanas siguientes, la foto-le hubiera sido impuesta al Jefe por la fuerza o no- continuó sobre el parabrisas. No desapareció con los paquetes vacíos de chicles ni con los palitos de caramelos. Pero los comanches nos fuimos acostumbrando a ella. Fue adquiriendo gradualmente la personalidad poco inquietante de un velocímetro.

Pero un día que íbamos camino del parque el Jefe detuvo el autobús junto al bordillo de la acera de la Quinta Avenida a la altura de la calle 60, casi un kilómetro más allá de nuestro campo de béisbol. Veinte pasajeros solicitaron inmediatamente una explicación, pero el Jefe se hizo el sordo. En cambio, se limitó a adoptar su posición habitual de narrador y dio comienzo anticipadamente a un nuevo episodio del "hombre que ríe". Pero apenas había empezado cuando alguien golpeó suavemente en la portezuela del autobús. Evidentemente, ese día los reflejos del Jefe estaban en buena forma. Se levantó de un salto, accionó la manecilla de la puerta y en seguida subió al autobús una chica con un abrigo de castor.

Así, de pronto, sólo recuerdo haber visto en mi vida a tres muchachas que me impresionaron a primera vista por su gran belleza, una belleza difícil de clasificar. Una fue una chica delgada en un traje de baño negro, que forcejeaba terriblemente para clavar en la arena una sombrilla en Jones Beach, alrededor de 1936. La segunda, esa chica que hacía un viaje de placer por el Caribe, hacia 1939, y que arrojó su encendedor a un delfín. Y la tercera, Mary Hudson, la chica del Jefe. -¿He tardado mucho?-le preguntó, sonriendo. Era como si hubiera preguntado "¿Soy fea?". -¡No!-dijo el Jefe. Con cierta vehemencia, miró a los comanches situados cerca de su asiento y les hizo una seña para que le hicieran sitio. Mary Hudson se sentó entre yo y un chico que se llamaba Edgar "no-sé-qué" y que tenía un tío cuyo mejor amigo era contrabandista de bebidas alcohólicas. Le cedimos todo el espacio del mundo. Entonces el autobús se puso en marcha con un acelerón poco hábil. Los comanches, hasta el último hombre, guardaban silencio.

Mientras volvíamos a nuestro lugar de estacionamiento habitual, Mary Hudson se inclinó hacia delante en su asiento e hizo al Jefe un colorido relato de los trenes que había perdido y del tren que no había perdido. Vivía en Douglaston, Long Island. El Jefe estaba muy nervioso. No sólo no lograba participar en la conversación, sino que apenas oía lo que le decía la chica. Recuerdo que el pomo de la palanca de cambios se le quedó en la mano.

Cuando bajamos del autobús, Mary Hudson se quedó muy cerca de nosotros. Estoy seguro de que cuando llegamos al campo de béisbol cada rostro de los comanches llevaba una expresión del tipo "hay-chicas-que-no-saben-cuándo-irse-a-casa". Y, para colmo de males, cuando otro comanche y yo lanzábamos al aire una moneda para determinar qué equipo batearía primero, Mary Hudson declaró con entusiasmo que deseaba jugar. La respuesta no pudo ser más cortante. Así como antes los comanches nos habíamos limitado a mirar fijamente su feminidad, ahora la contemplábamos con irritación. Ella nos sonrió. Era algo desconcertante. Luego el Jefe se hizo cargo de la situación, revelando su genio para complicar las cosas, hasta entonces oculto. Llevó aparte a Mary Hudson, lo suficiente como para que los comanches no pudieran oír, y pareció dirigirse a ella en forma solemne y racional. Por fin, Mary Hudson lo interrumpió, y los comanches pudieron oír perfectamente su voz.

-¡Yo también-dijo-, yo también quiero jugar!

El Jefe meneó la cabeza y volvió a la carga. Señaló hacia el campo, que se veía desigual y borroso. Tomó un bate de tamaño reglamentario y le mostró su peso.

-No me importa-dijo Mary Hudson, con toda claridad-. He venido hasta Nueva York para ver al dentista y todo eso, y voy a jugar.

El Jefe sacudió la cabeza, pero abandonó la batalla. Se aproximó cautelosamente al campo donde estaban esperando los dos equipos comanches, los Bravos y los Guerreros, y fijó su mirada en mí. Yo era el capitán de los Guerreros. Mencionó el nombre de mi centro, que estaba enfermo en su casa, y sugirió que Mary Hudson ocupara su lugar. Dije que no necesitaba un jugador para el centro del campo. El Jefe dijo que qué mierda era eso de que no necesitaba a nadie que hiciera de centro. Me quedé estupefacto. Era la primera vez que le oía decir una palabrota. Y, lo que aún era peor, observé que Mary Hudson me estaba sonriendo. Para dominarme, cogí una piedra y la arrojé contra un árbol. Nosotros entramos primero. La entrometida fue al centro para la primera tanda. Desde mi posición en la primera base, miraba furtivamente de vez en cuando por encima de mi hombro. Cada vez que lo hacía, Mary Hudson me saludaba alegremente con la cabeza. Llevaba puesto el guante de catcher, por propia iniciativa. Era un espectáculo verdaderamente horrible.

Mary Hudson debía ser la novena en batear en el equipo de los Guerreros. Cuando se lo dije, hizo una pequeña mueca y dijo:

-Bueno, daos prisa, entonces...-y la verdad es que efectivamente apreciamos darnos prisa.

Le tocó batear en la primera tanda. Se quitó el abrigo de castor y el guante de catcher para la ocasión y avanzó hacia su puesto con un vestido marrón oscuro. Cuando le di un bate, preguntó por qué pesaba tanto. El Jefe abandonó su puesto de árbitro detrás del pitcher y se adelantó con impaciencia. Le dijo a Mary Hudson que apoyara la punta del bate en el hombro derecho. "Ya está", dijo ella. Le dijo que no sujetara el bate con demasiada fuerza. "No lo hago" contestó ella. Le dijo que no perdiera de vista la pelota. "No lo haré", dijo ella. "Apártate, ¿quieres?" Con un potente golpe, acertó en la primera pelota que le lanzaron, y la mandó lejos por encima de la cabeza del fielder izquierdo. Estaba bien para un doble corriente, pero ella logró tres sin apresurarse. Cuando me repuse primero de mi sorpresa, después de mi incredulidad, y por último de mi alegría, miré hacia donde se encontraba el Jefe. No parecía estar de pie detrás del pitcher, sino flotando por encima de él. Era un hombre totalmente feliz. Desde su tercera base, Mary Hudson me saludaba agitando la mano. Contesté a su saludo. No habría podido evitarlo, aunque hubiese querido. Además de su maestría con el bate, era una chica que sabía cómo saludar a alguien desde la tercera base.

Durante el resto del partido, llegaba a la base cada vez que salía a batear. Por algún motivo parecía odiar la primera base; no había forma de retenerla. Por lo menos tres veces logró robar la segunda base al otro equipo.

Su fielding no podía ser peor, pero íbamos ganando tantas carreras que no nos importaba. Creo que hubiera sido mejor si hubiese intentado atrapar las pelotas con cualquier otra cosa que no fuera un guante de catcher.

Pero se negaba a sacárselo. Decía que le quedaba mono. Durante un mes, más o menos, jugó al béisbol con los comanches un par de veces por semana (cada vez que tenía una cita con el dentista, al parecer). Unas tardes llegaba a tiempo al autobús y otras no. A veces en el autobús hablaba hasta por los codos, otras veces se limitaba a quedarse sentada, fumando sus cigarrillos Herbert Tareyton (boquilla de corcho). Envolvía en un maravilloso perfume al que estaba junto a ella en el autobús. Un día ventoso de abril, después de recoger, como de costumbre, a sus pasajeros en las calles 109 y Amsterdam, el Jefe dobló por la calle 110 y tomó como siempre por la Quinta Avenida. Pero tenía el pelo peinado y reluciente, llevaba un abrigo en lugar de la chaqueta de cuero y yo supuse lógicamente que Mary Hudson estaba incluida en el programa. Esa presunción se convirtió en certeza cuando pasamos de largo por nuestra entrada habitual al Central Park. El Jefe estacionó el autobús en la esquina a la altura de la calle 60. Después, para matar el tiempo en una forma entretenida para los comanches, se acomodó a horcajadas en su asiento y procedió a narrar otro episodio de "El hombre que ríe". Lo recuerdo con todo detalle y voy a resumirlo. Una adversa serie de circunstancias había hecho que el mejor amigo del "hombre que ríe", el lobo Ala Negra, cayera en una trampa física e intelectual tendida por los Dufarge. Los Dufarge, conociendo los elevados sentimientos de lealtad del "hombre que ríe", le ofrecieron la libertad de Ala Negra a cambio de la suya propia. Con la mejor buena fe del mundo, el "hombre que ríe" aceptó dicha proposición (a veces su genio estaba sujeto a pequeños y misteriosos desfallecimientos). Quedó convenido que el "hombre que ríe" debía encontrarse con los Dufarge a medianoche en un sector determinado del denso bosque que rodea París, y allí, a la luz de la luna, Ala Negra sería puesto en libertad. Pero los Dufarge no tenían la menor intención de liberar a Ala Negra, a quien temían y detestaban. La noche de la transacción ataron a otro lobo en lugar de Ala Negra, tiñéndole primero la pata trasera derecha de blanco níveo, para que se le pareciera. No obstante, había dos cosas con las que los Dufarge no habían contado: el sentimentalismo del "hombre que ríe" y su dominio del idioma de los lobos. En cuanto la hija de Dufarge pudo atarlo a un árbol con alambre de espino, el "hombre que ríe" sintió la necesidad de elevar su bella y melodiosa voz en unas palabras de despedida a su presunto viejo amigo. El lobo sustituto, bajo la luz de la luna, a unos pocos metros de distancia, quedó impresionado por el dominio de su idioma que poseía ese desconocido. Al principio escuchó cortésmente los consejos de último momento personales y profesionales, del "hombre que ríe". Pero a la larga el lobo sustituto comenzó a impacientarse y a cargar su peso primero sobre una pata y después sobre la otra. Bruscamente y con cierta rudeza, interrumpió al "hombre que ríe" informándole en primer lugar de que no se llamaba Ala Oscura, ni Ala Negra, ni Patas Grises ni nada por el estilo, sino Armand, y en segundo lugar que en su vida había estado en China ni tenía la menor intención de ir allí. Lógicamente enfurecido, el "hombre que ríe" se quitó la máscara con la lengua y se enfrentó a los Dufarge con la cara desnuda a la luz de la luna. Mademoiselle Dufarge se desmayó. Su padre tuvo más suerte; casualmente en ese momento le dio un ataque de tos y así se libró del mortífero descubrimiento. Cuando se le pasó el ataque y vio a su hija tendida en el suelo iluminado por la luna, Dufarge ató cabos. Se tapó los ojos con la mano y descargó su pistola hacia donde se oía la respiración pesada, silbante, del "hombre que ríe".

Así terminaba el episodio.

El Jefe se sacó del bolsillo el reloj Ingersoll de un dólar lo miró y después dio vuelta en su asiento y puso en marcha el motor. Miré mi reloj. Eran casi las cuatro y media. Cuando el autobús se puso en marcha, le pregunté al Jefe si no iba a esperar a Mary Hudson. No me contestó, y antes de que pudiera repetir la pregunta, inclinó su cabeza para atrás y, dirigiéndose a todos nosotros, dijo: -A ver si hay más silencio en este maldito autobús. Lo menos que podía decirse era que la orden resultaba totalmente ilógica. El autobús había estado, y estaba, completamente silencioso. Casi todos pensábamos en la situación en que había quedado el "hombre que ríe". No es que nos preocupáramos por él (le teníamos demasiada confianza como para eso), pero nunca habíamos llegado a tomar con calma sus momentos de peligro.

En la tercera o cuarta entrada de nuestro partido de esa tarde, vi a Mary Hudson desde la primera base. Estaba sentada en un banco a unos setenta metros a mi izquierda, hecha un sandwich entre dos niñeras con cochecitos de niño. Llevaba su abrigo de castor, fumaba un cigarrillo y daba la impresión de estar mirando en dirección a nuestro campo. Me emocioné con mi descubrimiento y le grité la información al Jefe, que se hallaba detrás del pitcher. Se me acercó apresuradamente, sin llegar a correr.

-¿Dónde?-preguntó.

Volví a señalar con el dedo. Miró un segundo en esa dirección, después dijo que volvía en seguida y salió del campo. Se alejó lentamente, abriéndose el abrigo y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Me senté en la primera base y observé.

Cuando el Jefe alcanzó a Mary Hudson, su abrigo estaba abrochado nuevamente y las manos colgaban a los lados.

Estuvo de pie frente a ella unos cinco minutos, al parecer hablándole. Después Mary Hudson se incorporó y los dos caminaron hacia el campo de béisbol. No hablaron ni se miraron. Cuando estuvieron en el campo, el Jefe ocupó su posición detrás del pitcher.

-¿Ella no va a jugar?-le grité.

Me dijo que cerrara el pico. Me callé la boca y contemplé a Mary Hudson. Caminó lentamente por detrás de la base, con las manos en los bolsillos de su abrigo de castor, y por último se sentó en un banquillo mal situado cerca de la tercera base. Encendió otro cigarrillo y cruzó las piernas. Cuando los Guerreros estaban bateando, me acerqué a su asiento y le pregunté si le gustaría jugar en el ala izquierda. Dijo que no con la cabeza. Le pregunté si estaba resfriada. Otra vez negó con la cabeza. Le dije que no tenía a nadie que jugara en el ala izquierda. Que tenía al mismo muchacho jugando en el centro y en el ala izquierda. Toda esta información no encontró eco. Arrojé mi guante al aire, tratando de que aterrizara sobre mi cabeza, pero cayó en un charco de barro. Lo limpié en los pantalones y le pregunté a Mary Hudson si quería venir a mi casa a comer alguna vez. Le dije que el Jefe iba con frecuencia.

-Déjame-dijo-. Por favor, déjame.

La miré sorprendido, luego me fui caminando hacia el banco de los Guerreros, sacando entretanto una mandarina del bolsillo y arrojándola al aire. Más o menos a la mitad de la línea de foul de la tercera base, giré en redondo y empecé a caminar hacia atrás, contemplando a Mary Hudson y atrapando la mandarina. No tenía idea de lo que pasaba entre el Jefe y Mary Hudson (y aún no la tengo, salvo de una manera muy somera, intuitiva), pero no podía ser mayor mi certeza de que Mary Hudson había abandonado el equipo comanche para siempre. Era el tipo de certeza total, por independiente que fuera de la suma de sus factores, que hacía especialmente arriesgado caminar hacia atrás, y de pronto choqué de lleno con un cochecito de niño.

Después de una entrada más, la luz era mala para jugar. Suspendimos el partido y empezamos a recoger todos nuestros bártulos. La última vez que vi con claridad a Mary Hudson estaba llorando cerca de la tercera base. El Jefe la había tomado de la manga de su abrigo de castor, pero ella lo esquivaba. Abandonó el campo y empezó a correr por el caminito de cemento y siguió corriendo hasta que se perdió de vista.

El Jefe no intentó seguirla. Se limitó a permanecer de pie, mirándola mientras desaparecía. Luego se volvió caminó hasta la base y recogió los dos bates; siempre dejábamos que él llevara las bates. Me acerqué y le pregunté si él y Mary Hudson se habían peleado. Me dijo que me metiera la camisa dentro del pantalón.

Como siempre, todos los comanches corrimos los últimos metros hasta el autobús estacionado gritando, empujándonos, probando llaves de lucha libre, aunque todos muy conscientes de que había llegado la hora de otro capítulo de "El hombre que ríe".

Cruzando la Quinta Avenida a la carrera, alguien dejó caer un jersey y yo tropecé con él y me caí de bruces. Llegué al autobús cuando ya estaban ocupados los mejores asientos y tuve que sentarme en el centro. Fastidiado, le di al chico que estaba a mi derecha un codazo en las costillas y luego me volví para ver al Jefe, que cruzaba la Quinta Avenida. Todavía no había oscurecido, pero había esa penumbra de las cinco y cuarto. El Jefe atravesó la calle con el cuello del abrigo levantado y los bates debajo del brazo izquierdo, concentrado en el cruce de la calle. Su pelo negro peinado con agua al comienzo del día, ahora se había secado y el viento lo arremolinaba. Recuerdo haber deseado que el Jefe tuviera guantes.

El autobús, como de costumbre, estaba silencioso cuando él subió, por lo menos relativamente silencioso, como un teatro cuando van apagándose las luces de la sala. Las conversaciones se extinguieron en un rápido susurro o se cortaron de raíz. Sin embargo, lo primero que nos dijo el Jefe fue:

-Bueno, basta de ruido, o no hay cuento.

Instantáneamente, el autobús fue invadido por un silencio incondicional, que no le dejó otra alternativa que ocupar su acostumbrada posición de narrador.

Entonces sacó un pañuelo y se sonó la nariz, metódicamente, un lado cada vez. Lo observamos con paciencia y hasta con cierto interés de espectador. Cuando terminó con el pañuelo, lo plegó cuidadosamente en cuatro y volvió a guardarlo en el bolsillo. Después nos contó el nuevo episodio de "El hombre que ríe". En total, sólo duró cinco minutos.

Cuatro de las balas de Dufarge alcanzaron al "hombre que ríe", dos de ellas en el corazón. Dufarge, que aún se tapaba los ojos con la mano para no verle la cara, se alegró mucho cuando oyó un extraño gemido agónico que salía de su víctima. Con el maligno corazón latiéndole fuerte corrió junto a su hija y la reanimó. Los dos, llenos de regocijo y con el coraje de los cobardes, se atrevieron entonces a contemplar el rostro del "hombre que ríe". Su cabeza estaba caída como la de un muerto, inclinada sobre su pecho ensangrentado. Lentamente, con avidez, padre e hija avanzaron para inspeccionar su obra. Pero los esperaba una sorpresa enorme. El "hombre que ríe", lejos de estar muerto, contraía de un modo secreto los músculos de su abdomen. Cuando los Dufarge se acercaron lo suficiente, alzó de pronto la cabeza, lanzó una carcajada terrible, y, con limpieza y hasta con minucia, regurgitó las cuatro balas. El efecto de esta hazaña sobre los Dufarge fue tan grande que sus corazones estallaron, y cayeron muertos a los pies del "hombre que ríe". (De todos modos, si el capítulo iba a ser corto, podría haber terminado ahí. Los comanches se las podían haber ingeniado para racionalizar la muerte de los Dufarge. Pero no terminó ahí.) Pasaban los días y el "hombre que ríe" seguía atado al árbol con el alambre de espinos mientras a sus pies los Dufarge se descomponían lentamente. Sangrando profusamente y sin su dosis de sangre de águila, nunca se había visto tan cerca de la muerte. Hasta que un día, con voz ronca, pero elocuente, pidió ayuda a los animales del bosque. Les ordenó que trajeran a Omba, el enano amoroso. Y así lo hicieron. Pero el viaje de ida y vuelta por la frontera entre París y la China era largo, y cuando Omba llegó con un equipo medico y una provisión de sangre de águila el "hombre que ríe" ya había entrado en coma. El primer gesto piadoso de Omba fue recuperar la máscara de su amo, que había ido a parar sobre el torso cubierto de gusanos de Mademoiselle Dufarge. La colocó respetuosamente sobre las horribles facciones y procedió a curar las heridas.

Cuando al fin se abrieron los pequeños ojos del "hombre que ríe", Omba acercó afanosamente el vaso de sangre de águila hasta la máscara. Pero el "hombre que ríe" no quiso beberla. En cambio, pronunció débilmente el nombre de su querido Ala Negra. Omba inclinó su cabeza levemente contorsionada y reveló a su amo que los Dufarge habían matado a Ala Negra. Un último suspiro de pena, extraño y desgarrador, partió del pecho del "hombre que ríe". Extendió débilmente la mano, tomó el vaso de sangre de águila y lo hizo añicos en su puño. La poca sangre que le quedaba corrió por su muñeca. Ordenó a Omba que mirara hacia otro lado y Omba, sollozando, obedeció. El último gesto del "hombre que ríe", antes de hundir su cara en el suelo ensangrentado, fue el de arrancarse la máscara.

Ahí terminó el cuento, por supuesto. (Nunca habría de repetirse.) El Jefe puso en marcha el autobús. Frente a mí al otro lado del pasillo, Billy Walsh, el más pequeño de los comanches, se echó a llorar. Nadie le dijo que se callara. En cuanto a mí, recuerdo que me temblaban las rodillas. Unos minutos más tarde, cuando bajé del autobús del Jefe, lo primero que vi fue un trozo de papel rojo que el viento agitaba contra la base de un farol de la calle. Parecía una máscara de pétalos de amapola. Llegué a casa con los dientes castañeteándome convulsivamente, y me dijeron que me fuera derecho a la cama.

**EN EL BOTE**

Era un poco más de las cuatro de la tarde de un veranito de San Juan. Unas quince o veinte veces, desde el mediodía, Sandra, la criada, se había apartado de la ventana de la cocina que daba al lago, con la boca apretada en un gesto de disgusto. Esta última vez, al apartarse, ataba y desataba distraídamente las cintas de su delantal, aprovechando el escaso juego que le permitía su enorme cintura. Después regresó a la mesa esmaltada y depositó su cuerpo gallardamente uniformado en la silla que estaba frente a Mrs. Snell. Mrs. Snell había terminado la limpieza y el planchado y tomaba su habitual taza de té antes de dirigirse a pie por la acera hasta la parada del ómnibus. Mrs. Snell tenía el sombrero puesto. Era el mismo e interesante sombrero de fieltro negro que había usado, no solo durante todo el verano pasado, sino en los últimos tres veranos, pasando por olas monstruosas de calor, transformaciones del sistema de vida, docenas de tablas de planchar y timones de innumerables aspiradoras. Aún tenía adentro la etiqueta de Hattie Carnegie, gastada pero (podríamos decir) invicta.

-No voy a preocuparme -anunció Sandra, por quinta o sexta vez, dirigiéndose tanto a sí misma como a Mrs. Snell-. Me he propuesto no preocuparme. Total, ¿para qué?

-Claro -dijo Mrs. Snell-. Yo no me preocuparía. La verdad que no. Alcánceme mi bolsón,

querida.

En la alacena había un bolso de mano, sumamente gastado, pero que conservaba adentro una etiqueta tan imponente como la del sombrero de Mrs. Snell. Sandra pudo alcanzarlo sin incorporarse. Lo tendió por encima de la mesa a Mrs. Snell, quien lo abrió y sacó un paquete de cigarrillos mentolados y una cajita de fósforos del Stork Club.

Mrs. Snell encendió un cigarrillo, se llevó luego la taza de té a la boca, pero inmediatamente la depositó otra vez en el platillo.

-Si esto no se enfría de una buena vez, voy a perder el ómnibus. -Miró a Sandra, que clavaba la vista, desalentadamente, en la dirección general de los recipientes de cobre alineados contra la pared.- Deje de preocuparse -ordenó Mrs. Snell-. ¿Qué va a sacar con preocuparse? 0 él se lo dice ono se lo dice. Nada más. ¿Qué gana con hacerse problemas?

-No estoy preocupada --contestó Sandra-. Lo último que pienso hacer es preocuparme. Pero es que una se vuelve loca con ese chico rondando por la casa como un gato. No se le oye, ¿me entiende? Quiero decir, nadie puede oírlo ¿se da cuenta?. El otro día estaba desgranando arvejas, justo aquí, en esta mesa, y casi le piso la mano. Estaba sentado justo debajo de la mesa.

-Bueno, yo que usted no me preocuparía.

-Una tiene que pensar cada palabra que dice cuando él anda por ahí -dijo Sandra-. Es para volverse loca.

-Esto todavía no se puede beber -dijo Mrs. Snell-. Es terrible. Tener que cuidarse para decir cada palabra y todo lo demás.

-Como para volverse loca. ¡En serio! La mitad del tiempo estoy medio loca. -Sandra sacudió de su falda unas migas de pan inexistentes y resolló:- ¡Un chiquilín de cuatro años de edad!

-Es un chico bastante lindo -dijo Mrs. Snell-. Con esos ojos marrones tan grandes, y todo ...

Sandra volvió a resoplar: -Va a tener una nariz igual que la de su padre. -Alzó la taza y bebió su té sin dificultad. -No sé para qué van a quedarse aquí todo el mes de octubre -dijo descontenta, bajando la taza-. Quiero decir, ninguno de ellos se acerca ya al agua. Ella no va, él tampoco, el chico menos. Nadie se baña ya. Ni siquiera sacan ahora ese bote de porquería. No sé por qué tiraron la plata de esa manera.

-No sé cómo hace para tomarlo. Yo ni siquiera puedo probar el mío.

Sandra fijó su mirada rencorosa en la pared opuesta: -Voy a estar tan contenta cuando vuelva a la ciudad. Lo digo en serio. Odio este lugar de locos. -Miró con hostilidad a Mrs. Snell. -Usted no tiene problemas, usted vive aquí todo el año. Tiene aquí su vida social y todo eso. A usted no le importa.

-Voy a tomar este té aunque me muera -dijo Mrs. Snell, mirando el reloj que estaba sobre la cocina eléctrica.

-¿Qué haría usted si estuviera en mi lugar? -preguntó Sandra bruscamente-. ¿Qué haría? Diga la verdad.

Mrs. Snell se calzaba una pregunta de esas como si fuera un tapado de armiño. De inmediato dejó su taza sobre la mesa.

-Bueno, en primer lugar -dijo-, no me afligiría. Lo que haría es buscar otro...

-No estoy afligiéndome -interrumpió Sandra.

-Ya sé, pero lo que yo haría, sería conseguirme...

Se abrió la puerta de vaivén que comunicaba con el comedor y entró en la cocina Boo Boo Tannenbaum, la señora de la casa. Era una chica menuda, prácticamente sin caderas, de veinticinco años, con un pelo sin personalidad, incoloro, quebradizo, recogido detrás de las orejas, que eran muy grandes. Llevaba pantalones vaqueros hasta la rodilla, un pulóver negro de cuello alto, calcetines y zapatillas. Aparte de la gracia de su nombre, aparte de su falta general de belleza, era - pensando en esas caras pequeñas, siempre memorables, extremadamente sensibles- una chica apabullante, definitiva. Fue directamente a la heladera y la abrió. Mientras escudriñaba el interior, con las piernas separadas y las manos sobre las rodillas, silbaba desafinadamente entre dientes, llevando el compás con pequeños movimientos pendulares y despreocupados del rabo. Sandra y Mrs. Snell se quedaron calladas. Despaciosamente, Mrs. Snell apagó el cigarrillo.

-Sandra...

-¿Sí, señora? -Sandra miró atentamente más allá del sombrero de Mrs. Snell.

-¿No quedan más pickles? Quiero llevarle algunos.

-Se los comió -informó Sandra-. Se los comió anoche, antes de irse a la cama, quedaban dos, nada más.

-Oh. Bueno, entonces compraré cuando vaya a la estación. Pensé que a lo mejor podía

convencerlo de que saliera de ese bote. -Boo Boo cerró la puerta de la heladera y fue a mirar por la ventana que daba al lago. Desde allí preguntó:- ¿Necesitamos alguna otra cosa?

-Solo pan.

-Le dejé el cheque sobre la mesa del living, Mrs. Snell. Gracias.

-Está bien -dijo Mrs. Snell-. Parece que Lionel se va a escapar. -Rió brevemente.

-Así parece -dijo Boo Boo, y metió las manos en los bolsillos de atrás.

-Al menos no se escapa muy lejos -dijo Mrs. Snell, dejando oír otra breve risa.

Junto a la ventana, Boo Boo cambió un poco de posición para no dar directamente la espalda a las dos mujeres sentadas a la mesa.

-No -dijo, y se acomodó un mechón de pelo detrás de una oreja. Y agregó, nada más que como información adicional-: Desde los dos años se escapa en forma sistemática. Pero nunca muy lejos. Creo que lo más lejos que llegó, en la ciudad, por lo menos, fue al Mall en el Central Park. Solo a dos cuadras de casa. Se quedaba allí para decirle adiós al papá.

Las dos mujeres sentadas a la mesa rieron.

-El Mall es donde todos van a patinar en Nueva York -dijo Sandra, muy socialmente, a Mrs. Snell-. Los chicos, y todos los otros.

-Ah -dijo Mrs. Snell.

-No tenía más de tres años. Fue el año pasado -dijo Boo Boo, sacando un atado de cigarrillos y una cajita de fósforos de un bolsillo lateral de sus vaqueros. Prendió un cigarrillo, mientras las dos mujeres la contemplaban con interés-. Gran conmoción. Toda la policía buscándolo.

-¿Lo encontraron? -dijo Mrs. Snell.

-¡Claro que lo encontraron! -dijo Sandra con desdén-. ¿Qué se cree?

-Lo encontraron a las once y cuarto de la noche, en pleno mes de... Dios mío, febrero, creo. Ni un chico en todo el parque. Nada más que asaltantes, supongo, y un surtido de degenerados ambulantes. Estaba sentado en la plataforma donde toca la banda, haciendo rodar una bolita por una grieta del suelo. Casi muerto de frío y con un aspecto de...

-¡Alabado sea Dios! --dijo Mrs. Snell-. ¿Cómo pudo hacerlo? Quiero decir, ¿de qué se escapaba?

Boo Boo lanzó una única voluta de humo, defectuosa, hacia uno de los vidrios de la ventana: -Parece que esa tarde uno de los chicos en el parque le había dicho en forma vaga y malintencionado: "Apestas, nene". Al menos creemos que lo hizo por eso. Yo no sé, Mrs. Snell. Es un poco demasiado complicado para mí.

-¿Desde cuándo lo hace? -preguntó Mrs. Snell-. Digo, ¿desde cuándo se escapa?

-Bueno, a la edad de dos años y medio --dijo Boo Boo biográficamente- se refugió debajo de la pileta, en el sótano de nuestra casa de departamentos. En el lavadero. Noemí no-sé-cuánto, una amiga íntima suya, le dijo que tenía una lombriz en un termo. Por lo menos, eso fue todo lo que le pudimos sacar. -Boo Boo suspiró y se apartó de la ventana con una larga columna de ceniza en el cigarrillo. Se encaminó hacia la puerta mosquitero.- Voy a probar otra vez -dijo a manera de despedida.

Las otras dos mujeres rieron.

-Mildred -dijo Sandra, riéndose aún, y dirigiéndose a Mrs. Snell-. Va a perder el ómnibus si no se da prisa.

Boo Boo cerró la puerta mosquitero al salir. Estaba de pie en la ligera pendiente del jardín de su casa, con el último y bajo sol de la tarde brillando a las espaldas. Doscientos metros más allá, su hijo Lionel se hallaba sentado en el asiento de popa del chinchorro de su padre. Amarrado, y con la vela mayor y el foque recogidos, el chinchorro flotaba en un ángulo perfectamente recto con la punta del muelle. Más o menos veinte metros más afuera flotaba, dado vuelta, un esquí acuático abandonado o perdido; pero no había en el lago embarcaciones de placer: apenas se veía la popa de la lancha de la municipalidad que se dirigía al embarcadero de Leech. A Boo Boo le resultaba bastante dificultoso mantener su vista fija en Lionel. El sol, aunque no era especialmente fuerte, resplandecía tanto que cualquier objeto más o menos distante -un chico, un bote -oscilaba y se retractaba como un palito en el agua. Al cabo de dos o tres minutos, Boo Boo desistió de esforzar su vista. Apagó el cigarrillo al estilo marinero y echó a andar hacia el muelle.

Estaban en octubre, y el calor reflejado en los tablones del muelle no le daba ya en la cara. Caminaba silbando entre dientes "Kentucky Babe". Cuando llegó a la punta del muelle, se agachó justo en el borde, haciendo sonar sus rodillas, y contempló a Lionel. Se hallaba a menos de un largo de remo de ella. Lionel no la miró.

-¡Eh! -dijo Boo Boo-. Amigo. Pirata. Canallita, Estoy de vuelta.

Sin dirigirle la mirada, Lionel pareció sentir bruscamente la necesidad de exhibir su maestría como navegante. Giró la barra del timón todo lo que pudo hacia la derecha, e inmediatamente después la acercó otra vez de un tirón a su cuerpo. Mantenía los ojos fijos en la cubierta del bote.

-Soy yo -dijo Boo Boo-. Vicealmirante Tannenbaum. Glass es mi nombre de soltera. Vine a inspeccionar los estermáforos.

Obtuvo respuesta.

-No eres un almirante. Eres una señora -dijo Lionel. Sus frases generalmente se cortaban por lo

menos una vez a causa de un inadecuado dominio de la respiración, así que, a menudo, las palabras que quería destacar se apagaban en lugar de elevarse. Boo Boo no solamente escuchaba su voz; parecía que trataba de verla.

-¿Quién te lo dijo? ¿Quién te dijo que yo no era un almirante?

Lionel contestó, pero en forma inaudible.

-¿Quién? -dijo Boo Boo.

-Papá.

Siempre en cuclillas, Boo Boo puso su mano izquierda entre las piernas, apoyándose en las tablas del muelle para mantener el equilibrio.

-Tu papá es un buen tipo -dijo-, pero es un vulgar marinero de agua dulce. Es perfectamente cierto que cuando estoy en puerto soy una señora. Eso es cierto. Pero también es cierto que mi vocación ha sido, es y será siempre navegar por...

-Tú no eres un almirante -dijo Lionel.

-¿Cómo dices?

-Que no eres un almirante. Eres siempre una señora. Hubo una corta pausa. Lionel la llenó cambiando otra vez el rumbo de su nave; se aferraba al timón con los dos brazos. Llevaba pantalones cortos de color caqui y una camisa blanca, limpia, con un dibujo estampado en el pecho que representaba a Jerónimo el Avestruz tocando el violín. Tenía la piel bronceada, y su cabello, casi idéntico al de la madre en color y tersura, estaba un poco descolorido por el sol.

-Mucha gente cree que yo no soy un almirante -dijo Boo Boo, observándolo-, porque no me la paso cacareándolo. -Sin perder el equilibrio, sacó un cigarrillo y los fósforos de un bolsillo lateral de los vaqueros.- Casi nunca siento la tentación de hablar de mi grado con la gente y menos con chicos que ni siquiera me miran cuando les hablo. Me darían de baja si lo hiciera. -Sin prender el cigarrillo, repentinamente se puso de pie, se irguió de una manera exagerada, hizo un óvalo con el pulgar y el índice de la mano derecha, acercó el óvalo a la boca y emitió un sonido parecido al toque de un clarín. Lionel alzó instantáneamente la mirada. Casi seguramente se había dado cuenta de que el son era falso, pero lo mismo parecía muy conmovido; se quedó boquiabierto. Boo Boo repitió el toque, una peculiar amalgama de diana y silencio, tres veces, sin interrupción. Luego, ceremoniosamente, hizo un saludo militar hacia la orilla opuesta. Cuando por fin se puso de nuevo en cuclillas sobre el muelle, lo hizo con el máximo pesar, como si se hubiera sentido profundamente conmovida por una de las virtudes de la tradición naval inaccesible para el público y los niños pequeños. Echó un vistazo al reducido horizonte del lago y luego pareció recordar que no estaba sola. Miró hacia abajo, con aire digno, hacia donde estaba Lionel, cuya boca seguía abierta.

-Ese toque de clarín era secreto. Solo los almirantes pueden oírlo. -Encendió el cigarrillo y apagó el fósforo con una teatral bocanada de humo, larga y fina.- Si alguien se entera de que te he permitido oír ese toque... -Meneó la cabeza. Nuevamente fijó en el horizonte el sextanteo del ojo.

-Hazlo de nuevo.

-Imposible.

-¿Por qué?

Boa Boo se encogió de hombros.

-Demasiada oficialidad subalterna, para empezar. -Cambió de posición, adoptando una postura india, con las piernas cruzadas. Se subió los calcetines:- Te diré lo que voy a hacer -dijo con tono práctico-. Si me dices por qué te escapas, te soplaré todos los sones secretos de clarín que conozco. ¿Está bien?

Lionel volvió a fijar su mirada en el fondo del bote:

-No.

-¿Por qué no?

-Porque no.

-¿Pero por qué?

-Porque no quiero -dijo Lionel, y para enfatizar dio un tirón al timón.

Boo Boo se protegió la parte derecha de la cara del resplandor del sol. -Me dijiste que no ibas a escaparte más -dijo-. Hablamos de esto, y me dijiste que ya todo se había terminado. Me lo, habías prometido.

Lionel contestó algo, pero no se oyó.

-¿Cómo? -dijo Boo Boo.

-Yo no prometí nada.

-Oh, sí, me lo prometiste. Claro que lo prometiste.

Lionel empezó de nuevo a maniobrar su embarcación.

-Si eres un almirante -dijo-, ¿dónde está tu flota?

-Mi flota. Celebro que me hayas hecho esa pregunta -dijo Boo Boo, y empezó a deslizarse hacia el chinchorro.

-¡Sal de aquí! -ordenó Lionel, conteniéndose para no chillar y manteniendo la vista baja-. No puede subir nadie.

-¿No? -el pie de Boo Boo ya tocaba la proa del bote. Obediente, lo retiró-: ¿Nadie, absolutamente nadie? -nuevamente se sentó a lo indio-. ¿Por qué no?

La respuesta de Lionel fue completa pero, otra vez, demasiado baja.

-¿Qué? -dijo Boo Boo.

-Porque no está permitido.

Boo Boo, sin desviar la vista del niño, se mantuvo en silencio durante un minuto entero; luego dijo:

-Lamento saberlo. Me encantaría subir a tu bote. Te echo tanto de menos. Te extraño mucho.

Me pasé todo el día sola en la casa, sin nadie con quien hablar.

Lionel no movió el timón. Estudió la fibra de la madera de la barra.

-Puedes hablar con Sandra -dijo.

-Sandra está ocupada -dijo Boo Boo-. De todos modos, no quiero hablar con Sandra. Quiero hablar contigo. Quiero subir a tu bote y hablar contigo.

-Puedes hablar desde ahí.

-¿Cómo?

-Puedes hablar desde ahí.

-No, no puedo. Estás demasiado lejos. Tengo que acercarme.

Lionel movió el timón. -Nadie puede subir a bordo -dijo.

-¿Cómo?

-Nadie puede subir a bordo.

-Bueno, ¿entonces me dices desde ahí por qué te escapaste -preguntó Boo Boo-, después de haberme dicho que no volverías a hacerlo?

Cerca del asiento de popa, en el fondo del chinchorro, había una máscara de hueco. Como respuesta, Lionel tomó la correa de la máscara entre el dedo gordo y el segundo de su pie izquierdo y con un movimiento breve, hábil, de la pierna, arrojó la máscara al agua. La máscara se hundió de inmediato.

-¡Que bien! ¡Qué constructivo! --dijo Boo Boo--. Era de tu tío Webb. Se va a poner muy

contento. -Fumó una bocanada.- Antes había sido de tu tío Seymour.

-No me importa. -Ya sé.

Ya veo que no te importa --dijo Boo Boo. Su cigarrillo formaba un ángulo inusitado con sus dedos: la brasa ardía peligrosamente cerca de uno de sus nudillos. De pronto sintió el calor y dejó que el cigarrillo cayera al lago. En seguida sacó algo de uno de sus bolsillos laterales. Era un paquete, más o menos del tamaño de un mazo de naipes, envuelto en papel blanco y atado con una cinta verde. -Este es un llavero -dijo, sintiendo cómo la mirada del chico se alzaba hasta ella-. Igual que el de papá. Pero tiene más llaves que el llavero de papá. Este tiene diez llaves.

Lionel se inclinó hacia adelante en su asiento, soltando el timón. Extendió las manos en actitud de recoger.

-¿Me lo tiras? -dijo-. Sé buena.

-Vamos a pensarlo un poco, Rayito de Sol. Tengo que meditarlo. En realidad, debería tirar este llavero al lago.

Lionel la miró con la boca abierta. Cerró la boca. -Es mío -dijo, con una entonación cada vez menos imperiosa.

Boo Boo, mirándolo, se encogió de hombros. -No me importa.

Lionel se arrellanó lentamente en su asiento, observando a su madre, y estiró la mano hacia atrás para tomar el timón. Sus ojos reflejaban una pura percepción, como su madre sabía que reaccionaría.

-Toma -Boo Boo le tiró el paquetito. Aterrizó perfectamente entre sus piernas.

Lionel lo contempló un momento, lo alzó, lo examinó en su mano y lo tiró luego de costado, al agua. Miró en seguida a su madre, pero en sus ojos no había desafío sino lágrimas. Un segundo después su boca se distorsionaba hasta tomar la forma de un ocho horizontal y se ponía a llorar copiosamente.

Boo Boo se incorporó, con cuidado, como alguien a quien se le ha dormido un pie en el lecho, y se introdujo en el chinchorro. Un instante después estaba sentada en el asiento de popa, con el navegante en su falda, y lo mecía y le besaba la nuca y le daba algunos datos: -Los marineros no lloran, querido, los marineros nunca lloran. Solo cuando se les hunde el barco. 0 cuando naufragan, y están en la balsa, sin nada para beber salvo...

-Sandra... le dijo a Mrs. Snell... que papá es un "moishe" ... grandote... y estúpido.

Imperceptiblemente, Boo Boo hizo una mueca, pero sacó al chico de su regazo y lo puso de pie frente a ella y le retiró el pelo de la frente.

-¿Con que dijo eso? ¿Eh? -preguntó.

Lionel asintió con la cabeza enérgicamente. Se acercó, llorando aún, para ponerse entre las piernas de su madre.

-Bueno, no es algo tan terrible -dijo Boo Boo, sosteniéndolo entre las dos morsas de sus brazos y sus piernas-. No es lo peor que podía suceder. -Suavemente mordió la oreja del chico.- ¿Tú sabes lo que es un "moishe", querido?

Lionel o bien no quiso o no pudo contestar de inmediato. Por lo menos, esperó a que hubiera disminuido el hipo que siguió a sus lágrimas. A continuación contestó, en forma ahogada pero comprensible, hundido en la tibieza del cuello de Boo Boo. -Es una de esas cosas para llevar bebés - dijo-. De mimbre, con una manija. Para observarlo mejor, Boo Boo apartó un poco a su hijo. Luego le metió una mano traviesa en el interior del pantalón, lo cual lo sorprendió mucho, pero la retiró en seguida y decorosamente le metió la camisa debajo del pantalón. -Te diré lo que vamos a hacer -dijo-. Iremos en auto al pueblo y compraremos unos pickles, y algo de pan, y comeremos los pickles en el auto, y después iremos a la estación a esperar a papá, y luego lo traeremos a casa y haremos que nos lleve a pasear en el bote. Tú lo ayudarás a bajar las velas. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -dijo Lionel.

No volvieron caminando a la casa; corrieron una carrera. Ganó Lionel.

**TEDDY**

-El día exquisito te lo voy a dar a ti, amiguito, si no te bajas enseguida de esa valija. Y no estoy bromeando -dijo el señor McArdle. Hablaba desde la cama gemela que estaba más lejos del ojo de buey. Furiosamente, con un suspiro que era casi un lamento, se quitó la sábana de los tobillos con un puntapié, como si su cuerpo debilitado y quemado por el sol no tolerara de pronto ni siquiera el peso de la tela. Estaba de espaldas, con nada más que los pantalones de pijama y un cigarrillo encendido en una mano. Tenía la cabeza erguida, lo bastante como para apoyarla en forma incómoda, casi masoquista, contra la base misma del respaldo de la cama. La almohada y el cenicero estaban en el suelo, entre su cama y la de la mujer. Sin levantarse, extendió el brazo derecho desnudo, de un rosa inflamado, y desparramó las cenizas en la dirección general de la mesita de luz.

-Octubre !por Dios! -dijo-. Si este es el tiempo de octubre !me quedo con agosto! -Volvió de nuevo la cabeza hacia la derecha, adonde estaba Teddy, buscando pelea.- !Vamos! -dijo- ¿Para qué demonios crees que hablo? ¿Para ejercitar la lengua? Por favor !bájate de ahí de una vez!

Teddy se había trepado sobre una valija Gladstone de aspecto bastante nuevo, a fin de poder mirar a través del ojo de buey del camarote de sus padres. Llevaba zapatillas blancas, muy sucias, sin calcetines, pantalones cortos que no solo eran demasiado largos de pierna sino también demasiado anchos en los fondillos, una camiseta lavada demasiadas veces, con un agujero del tamaño de una moneda en el hombro derecho, y un cinturón inesperadamente elegante, negro, de cocodrilo. Necesitaba un corte de pelo -sobre todo en la nuca- urgentemente, como solo podría necesitarlo un niño pequeño con una cabeza casi tan grande como la de un adulto y un cuello fino y delgado.

-Teddy ¿me has oído?

Teddy no se asomaba por el ojo de buey abierto ni tanto ni tan peligrosamente como suelen asomarse los niños por los ojos de buey abiertos; en realidad, apoyaba ambos pies de plano sobre la superficie de la valija, pero tampoco puede decirse que se asomaba apenas: su cabeza estaba más afuera de la cabina que adentro. Sin embargo, estaba perfectamente al alcance de la voz de su padre... sobre todo tratándose de su voz. El señor McArdle hacía papeles protagónicos en nada menos que tres radionovelas en Nueva York, y tenía lo que podía calificarse como la voz radiofónica de una primera figura de tercera clase: de una profundidad y resonancia narcisistas, preparada funcionalmente para hacer sentir su machismo sobre cualquier otra persona que se encontrara en las cercanías, aunque esa persona fuera un niño. Cuando la voz estaba de vacaciones oscilaba entre su amor por el volumen pleno y una mezcla teatral de quietud y calma. En ese momento, el volumen era lo que imperaba:

-¡Teddy, c... ! ¿Me escuchas?

Teddy giró la cintura, sin cambiar la posición vigilante de sus pies sobre la valija, y dirigió a su padre una mirada inquisidora, franca y pura. Sus ojos, de un color castaño pálido, no muy grandes, eran levemente bizcos, el izquierdo más que el derecho. No eran tan estrábicos como para desfigurar, ni siquiera para llamar la atención a primera vista. Eran solo lo bastante bizcos como para mencionarlo, y solo en relación con el hecho de que uno tenía que pensarlo larga y seriamente antes de desear que fueran más derechos, o más profundos, o más oscuros, o más separados. Su cara, tal cual era, tenía el sello, aunque oblicuo y lento, de la verdadera belleza.

-Quiero que te bajes de esa valija, ya mismo. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? -dijo Mr. McArdle.

-Quédate exactamente donde estás, querido -dijo la señora McArdle, que evidentemente tenía problemas con su sinusitis a la mañana temprano. Tenía los ojos abiertos, pero a duras penas-. No te muevas ni un centímetro. -Se hallaba tendida sobre el costado derecho, con la cara vuelta hacia la izquierda, mirando a Teddy y al ojo de buey, y la espalda hacia su marido. La sábana de arriba tapaba por completo su cuerpo, probablemente desnudo, cubriéndole brazos y todo lo demás, hasta el mentón. -Salta para arriba y para abajo -dijo, cerrando los ojos-. Aplasta la valija de papito.

-Es algo muy brillante lo que acabas de decir -dijo el señor McArdle con una calma que quería ser firme- Pagué veintidós libras por una valija, y le pido de buen modo al chico que no se suba en ella, y tu le dices que salte encima. ¿De qué se trata? ¿Es un chiste?

-Si esa valija no puede aguantar el peso de un chico de diez años, que tiene seis kilos menos de lo que debe pesar por su edad, no quiero esa valija en mi camarote -dijo la señora McArdle sin abrir los ojos.

-¿Sabes lo que me gustaría hacer? -dijo el señor McArdle-. Partirte la cabeza de un puntapié. - ¿Por qué no lo haces?

El señor McArdle se incorporó bruscamente sobre un codo y apagó la colilla en el vidrio de la mesita de luz.

-Uno de estos días... -empezó a decir con tono intimidatorio.

-Uno de estos días te va a dar un ataque al corazón y va a ser trágico, muy trágico -dijo la señora McArdle, gastando un mínimo de energía. Sin sacar los brazos de debajo de la sábana, se envolvió aún más en ésta-. Habrá un sepelio discreto y de buen gusto, y todos van a preguntar quién es esa atractiva mujer vestida de rojo que está sentada en la primera fila, coqueteando con el organista y haciendo un endiablado...

-Eres tan asquerosamente chistosa que ni siquiera resulta chistoso -dijo el señor McArdle, cayendo otra vez de espaldas, inerte.

Durante este breve intercambio, Teddy había girado de nuevo la cara y siguió mirando por el ojo de buey.

-Pasamos al Queen Mary, en dirección contraria, esta madrugada a las tres y treinta y dos, si a alguien le interesa -dijo lentamente-. Cosa que dudo.

Su voz era extraña y bellamente ronca, como son las voces de algunos niños pequeños. Cada una de sus frases era como una pequeña isla antigua, inundada por un mar de whisky en miniatura. –Ese comisario de cubierta que Booper odia tanto lo tenía escrito en su pizarrón.

-Yo te voy a dar Queen Mary a ti, amiguito, si no te bajas de esa valija en este mismo instante - dijo su padre. Volvió la cabeza para mirar a Teddy. -Bájate ahora mismo y ve a hacerte cortar el pelo o lo que sea. -Fijó de nuevo la mirada en la nuca de su mujer.- Dios mío, si parece precoz.

-No tengo plata -dijo Teddy. Afirmó las manos en el marco del ojo de buey, y apoyó el mentón sobre los nudillos- Mamá, ¿te fijaste en ese hombre que se sienta cerca de nosotros en el comedor? No ése muy delgado. El otro, en la misma mesa. Justo al lado de donde nuestro camarero deja la bandeja.

-Ajá -dijo la señora McArdle-. Teddy. Querido. Déjala a mamá dormir cinco minutos más, como un chico bueno.

-Espera un segundo. Esto es muy interesante -dijo Teddy sin sacar el mentón de su punto de apoyo y con los ojos siempre fijos en el mar-. Ese hombre estaba en el gimnasio hace un rato mientras Sven me pesaba. Se acercó y me empezó. Había escuchado la última cinta que grabé. No la de abril. La de mayo. Estaba en una fiesta en Boston justo antes de salir hacia Europa, y parece que alguien en la fiesta conocía a alguien del grupo examinador de Leidekker, no dijo quién, y pidieron prestada esa última cinta que hice y la pasaron en la fiesta. Parece que le interesa. Es un amigo del profesor Babcock. Parece que él también es profesor. Dijo que estuvo todo el verano en el Trinity College de Dublín.

-¿Oh? -dijo la señora McArdle . ¿La escucharon en una fiesta? -permaneció acostada, contemplando soñolienta la parte posterior de las piernas de Teddy.

-Asi parece -dijo Teddy-. Le habló mucho a Sven sobre mí, mientras yo estaba allí parado. Resultaba bastante molesto.

-¿Por qué tenía que ser molesto?

Teddy vaciló.

-Dije "bastante molesto". Lo califiqué.

-Yo te voy a calificar a ti, compañeríto, si no te bajas enseguida de allí -dijo el señor McArdle.

Acababa de encender un nuevo cigarrillo-. Voy a contar hasta tres. Uno... maldito sea... dos...

-¿Qué hora es? -preguntó de pronto la señora McArdle, dirigiéndose a la parte posterior de las piernas de Teddy-. ¿Tú y Booper no tienen una lección de natación a las diez y media?

-Tenemos tiempo -dijo Teddy- !Blum! De pronto sacó toda la cabeza por el ojo de buey, la mantuvo afuera durante unos segundos, y la volvió entrar apenas el tiempo necesario para informar:- Alguien acaba de vaciar todo un tacho de cáscaras de naranja por la ventana.

-Por la ventana. Por la ventana -dijo el señor McArdle sarcásticamente, quitando la ceniza de su cigarrillo-. Por el ojo de buey, amiguito, por el ojo de buey. -Miró a su mujer.- Llama por teléfono a Boston. Rápido, y habla con el grupo examinador de Leidekker.

-Oh, qué ingenioso eres... -dijo la señora McArdle-. ¿Por qué te esfuerzas tanto?

Teddy entró casi toda la cabeza.

-Flotan muy bien -dijo, sin volverse-. Es muy interesante.

Teddy. Por última vez. Voy a contar hasta tres, y después te voy a...

-No quiero decir que sea interesante porque flotan -dijo Teddy. Es interesante que yo sepa que están ahí. Si no las hubiera visto, no sabría que están ahí, y si no supiera que están ahí, ni siquiera podría afirmar que existen. Es un hermoso ejemplo, un ejemplo perfecto de cómo...

-Teddy -interrumpió la señora McArdle, inmóvil debajo de la sábana-. Ve y búscame a Booper. ¿Dónde anda? No quiero que hoy esté mucho al sol de nuevo, con esas quemaduras que tiene.

-Está bien cubierta. Le hice poner los bluejeans -dijo Teddy-. Algunas ahora empiezan a hundirse. En pocos minutos, solo flotarán en mi mente. Es muy interesante, porque según se lo mire, ahí es donde empezaron a flotar por primera vez. Si yo no hubiera estado aquí, o si hubiera venido alguien y me hubiera cortado la cabeza justo cuando...

-¿Dónde está ahora? -preguntó la señora McArdle-. Mira a tu madre un minuto, Teddy.

Teddy se volvió y miré a su madre.

-¿Qué? -dijo.

-¿Dónde está Booper ahora? No quiero que ande dando vueltas por las reposaras, molestando a la gente. Si ese hombre horrible...

-No te preocupes. Le di la cámara fotográfica.

El señor McArdle se incorporó sobre un codo: -¡Le diste la cámara fotográfica! -dijo- ¿En qué diablos estabas pensando? !Nada menos que mi Leica! No voy a permitir que una mocosa de seis años ande pavoneándose por todos lados...

Le mostré cómo debía sujetarla para que no se le cayera -dijo Teddy-. Y, por supuesto, le saqué el rollo.

-Tráeme la cámara, Teddy. ¿Me oyes? Quiero que te bajes de esa valija en seguida y que la cámara aparezca en esta pieza antes de cinco minutos, o va a haber un niño prodigio menos. ¿Me has entendido?

Teddy hizo girar los pies sobre la valija y se bajó. Se agachó y se ató el cordón de la zapatilla izquierda mientras su padre, todavía apoyado sobre un codo, lo miraba como un celador. -Dile a Booper que quiero que venga -dijo la señora McArdle-. Y dale un beso a mamita.

Teddy acabó de atarse el cordón, y besó mecánicamente a su madre en la mejilla. Ella a su vez sacó un brazo de debajo de la sábana, como para ceñir la cintura de Teddy, pero cuando terminó de hacerlo Teddy ya se había alejado. Había dado la vuelta y se hallaba en el espacio libre entre las dos camas. Se inclinó y volvió a incorporarse con la almohada de su padre debajo de un brazo y en la otra mano el cenicero que correspondía a la mesita de luz. Pasando el cenicero a la mano izquierda, se acercó a la mesita de luz y, con el borde de la mano derecha, barrió la superficie de la mesita volcando en el cenicero las cenizas y las colillas que su padre había esparcido. Después, antes de poner el cenicero donde correspondía, limpió con el antebrazo la fina película de ceniza que había quedado sobre el vidrio de la mesa. Después se limpió el brazo en los shorts blancos. Depositó el cenicero en su lugar, con sumo cuidado, como si pensara que un cenicero debía estar colocado exactamente en el centro de una mesa de luz o no estar en ningún lado. A esta altura, el padre, que ,había estado observándolo, de repente desvió la mirada de él. -¿No quieres la almohada? -preguntó Teddy.

-Quiero esa cámara, jovencito.

-En esa posición no puedes estar cómodo. No es posible -dijo Teddy-. La dejo acá. -Puso la almohada al pie de la cama, sin tocar los pies del padre. Se dirigió hacía la puerta del camarote.

-Teddy -dijo la madre sin volverse-. Dile a Booper que quiero verla antes de la lección de natación.

-¿Por qué no dejas tranquila a la chica? -preguntó el señor McArdle-. ¿Te molesta que tenga unos roñosos minutos de libertad? ¿Sabes cómo la tratas? Te lo diré exactamente. La tratas como si fuera un criminal empedernido.

-¿Empedernido? ¡Ay, qué fino! Estás mejorando tu estilo, querido...

Teddy se quedó un momento junto a la puerta, cavilando mientras jugaba con el picaporte, girándolo a izquierda y derecha.

-Cuando salga por esa puerta, tal vez exista solo en la mente de los que me conocen -dijo-. Puedo ser una cáscara de naranja.

-¿Qué dices, querido? -preguntó la señora McArdle desde el otro extremo de la cabina, aún recostada sobre el lado derecho.

-Vamos a buscar eso, compañerito. Vamos a buscar esa Leica.

-Ven, dale un beso a mamá. Un beso grande y lindo.

-No ahora -dijo Teddy abstraído-. Estoy cansado. -Y cerró la puerta al salir.

El boletín del barco estaba junto a la puerta. Era una hoja de papel ilustración, impresa en un solo lado. Teddy lo levantó y empezó a leerlo mientras avanzaba lentamente por el largo pasillo en dirección a la popa. Desde el otro extremo venía hacia él una mujer alta y rubia, vestida con un uniforme blanco y almidonado, y que llevaba en las manos un florero con rosas rojas de largos tallos. Al pasar junto a Teddy, extendió la mano izquierda y le rozó la cabeza, diciendo "¡Alguien necesita cortarse el pelo!" Teddy apartó la mirada del periódico con toda parsimonia y miró hacia arriba, pero la mujer había seguido de largo y él no volvió la cabeza. Prosiguió su lectura. Al final del pasillo, frente a un enorme mural de San Jorge y el Dragón que había sobre el rellano de la escalera, dobló el diario en cuatro y lo guardó en el bolsillo izquierdo de atrás. Subió luego por los bajos peldaños de la amplia y alfombrada escalera hacia la cubierta principal, un piso más arriba. Subía los escalones de dos en dos pero con lentitud, apoyando todo el peso de su cuerpo en la baranda, como si el hecho de subir escaleras fuese para él, como lo es para muchos chicos, un fin en sí mismo bastante agradable. Al llegar a la cubierta principal, fue directamente al escritorio del Comisario, donde en ese momento había una linda chica con uniforme naval. Estaba abrochando algunas hojas mimeografiadas.

-¿Puede decirme a qué hora empieza hoy ese juego, por favor? -le preguntó Teddy.

-¿Cómo dices?

-¿Puede decirme a qué hora empieza ese juego, hoy?

La chica le brindó una sonrisa maquillada. -¿Qué juego, precioso? -preguntó.

-Usted sabe, ese juego que jugaron ayer y anteayer, donde uno tiene que agregar las palabras que faltan. Mejor dicho, donde hay que poner cada cosa en su contexto.

La chica interrumpió la colocación de tres hojas en la abrochadora. -Ah -dijo-. No es hasta después de la siesta, me parece. Creo que alrededor de las cuatro. ¿No es un poco complicado para ti, querido?

-No... no lo es... gracias -dijo Teddy, e inició la retirada.

-¡Espera un minuto, precioso! ¿Cómo te llamas?

-Theodore McArdle -dijo Teddy. ¿Y usted?

-¿Yo? -dijo la chica, sonriendo-. Yo soy la guardia-marina Mathewson.

Teddy observó cómo accionaba la abrochadora.

-Ya sabía que usted es guardia-marina -dijo-. No estoy seguro, pero creo que cuando alguien le pregunta a uno el nombre, se supone que tiene que decirlo completo. Jane Mathewson, o Phyllis Mathewson, o como sea.

-¿Ah, sí?

-Como dije, así creo -dijo Teddy-. Aunque no estoy seguro. A lo mejor es distinto cuando se lleva uniforme. De todos modos, gracias por la información. ¡Adiós! -se dio vuelta y subió a la cubierta de paseo, saltando nuevamente los escalones de dos en dos, pero esta vez más bien de prisa.

Luego de buscarla un rato encontró a Booper en la cubierta de recreo. Estaba en un lugar asoleado -casi como en un claro de un bosque- entre dos canchas de tenis de cubierta en las que no jugaba nadie. En cuclillas con el sol a la espalda y una leve brisa que le mecía el pelo rubio y sedoso, estaba atareada apilando discos de un juego de tejo en dos montones tangentes, uno de discos negros y otro de discos rojos. Al lado, a su derecha, había un chico muy pequeño, vestido con un solero de algodón, que se limitaba a observase. -¡Mira! -dijo imperiosamente Booper a su hermano cuando este se acercó. Se inclinó hacia adelante y rodeó con los brazos las dos pilas de discos para mostrar su obra, aislándola de cualquier otra cosa que pudiera haber a bordo. Myron -

dijo con hostilidad, dirigiéndose a su compañero-, estás haciendo sombra y mi hermano no puede ver. Sal de ahí. -Cerró los ojos y esperó, con un gesto adusto, hasta que Myron se movió.

Teddy se detuvo junto a las dos pilas de discos y los miró apreciativamente.

-Muy lindo -dijo-. Muy simétrico.

-Este -dijo Booper, señalando a Myron- ni siquiera ha oído hablar del ludo. Ni siquiera tiene uno.

Teddy miró rápidamente, objetivamente, a Myron.

-Escucha -dijo a Booper-. ¿Dónde está la cámara? Papá la quiere en seguida.

-Ni siquiera vive en Nueva York -dijo Booper a Teddy-. Y su papá murió. Lo mataron en Corea -giró hacia Myron-. ¿No es verdad? -exigió, pero sin esperar respuesta-. Ahora, si se muere la madre, será un huérfano. El ni siquiera lo sabía -miró a Myron-. ¿No es así?

Myron, sin comprometerse, se cruzó de brazos.

-Eres el estúpido más grande que he conocido -le lijo Booper-. Eres el más grande estúpido de todo este océano. ¿Lo sabías?

-No lo es -dijo Teddy. No lo eres, Myron. -Se dirigió a su hermana:- Escúchame un segundo. ¿Dónde está la cámara? La necesito inmediatamente.

-Ahí -dijo Booper, sin señalar en ninguna dirección precisa. Acercó las dos pilas de discos-. Ahora lo único ie necesito es dos gigantes. Podrían jugar al ludo hasta que se cansen y luego subirse a esa chimenea y tirar los discos sobre la gente y matarlos a todos. -Miró a Myron.- Podrían matar a tus padres -le dijo con suficiencia-. Y si no se mueren, ¿sabes lo que podrías hacer? Podrías envenenar unos caramelos y dárselos para que los coman.

La Leica estaba a uno tres metros de allí, cerca de la baranda blanca que rodeaba la cubierta de recreo, caída de costado sobre la canaleta de desagüe. Teddy se acercó la recogió y tomándola por la correa, se la puso al cuello. De pronto, se la quitó y se la llevó a Booper: -Booper, hazme un favor. Llévala tú, anda -dijo-. Son las diez. Tengo que hacer una anotación en mi diario.

-Estoy ocupada.

-De todos modos mamá quiere verte ahora mismo -dijo Teddy.

-Eres un mentiroso.

-No soy mentiroso. Quiere verte -dijo Teddy-. Así que cuando bajes, lleva esto. Vamos, Booper... anda.

-¿Para qué quiere verme? -preguntó Booper-. Yo no quiero verla a ella. De pronto le dio una palmada en una mano a Myron que estaba por tomar uno de los discos de la pila roja-. Saca la mano -dijo.

Teddy le colgó la Leica al cuello.

-Ahora estoy hablando en serio. Llévale esto a papá enseguida, y luego nos veremos en la piscina a las diez y media. O en la puerta del lugar donde te cambias la ropa. Sé puntual. Es ahí abajo en la cubierta E, no te olvide, así que calcula bien el tiempo -se dio vuelta y se marchó.

-!Te odio! ¡Odio a todos los que están en este océano! -le gritó Booper, mientras se alejaba.

Debajo de la cubierta de deportes, más allá del solario, había como setenta y cinco reposeras o más, armadas y alineadas en filas de siete o de ocho, con pasillos apenas lo bastante anchos como para que el camarero de cubierta pudiera pasar sin tropezar con los adminículos de los pasajeros que tomaban sol: bolsas de tejer, novelas forradas, frascos de bronceador, cámaras fotográficas. El lugar estaba colmado cuando Teddy llegó. Empezó por la fila de más atrás y se desplazó metódicamente, deteniéndose en cada silla, estuviera ocupada o no, para leer el nombre marcado en cada posabrazos, Sólo un pasajero o dos le dijeron algo, es decir, cualquiera de esos amables lugares comunes que los adultos suelen dirigir a un niño de diez años preocupado nada más que por encontrar su silla propia. Su juventud y su preocupación eran bastante evidentes, pero quizá su comportamiento general no tenía, o tenía demasiado poco, de esa pintoresca solemnidad a la cual condescienden dirigirse con facilidad muchos adultos. También sus ropas, tal vez, tenían algo que ver con ello. El agujero que tenía en el hombro de la camiseta no era un agujero atractivo. Los fondillos excesivamente holgados y el largo excesivo de los pantalones no eran excesos como para cautivar a nadie.

Las cuatro reposeras de los McArdle, con sus almohadones y listas para ser ocupadas, se hallaban en el centro de la segunda fila a partir de adelante. Teddy se sentó en una que -la hubiera elegido intencionadamente o no por eso- no tenía a nadie directamente a un lado ni al otro. Estiró las piernas desnudas, todavía blancas, y colocó los pies juntos sobre el posapiés. Casi simultáneamente sacó del bolsillo derecho trasero una libretita de apuntes de diez céntimos-. Luego, con una concentración inmediata, como si no existieran más que él y la libreta -ni sol, ni otros pasajeros ni barcos- empezó a dar vuelta las hojas.

Con excepción de unos pocos apuntes, hechos con lápiz, la mayoría de las anotaciones habían sido escritas con bolígrafo. La letra en sí era de imprenta, tal como se enseña ahora en todas las escuelas norteamericanas, en lugar del sistema Palmer que se usaba antes. Era legible sin ser totalmente linda. Lo notable de la letra era su fluidez. En ningún sentido -gráficamente, por lo menos- las palabras y frases parecían haber sido escritas por un niño.

Teddy dedicó bastante tiempo a la lectura de lo que parecía ser su anotación más reciente. Abarcaba algo más de tres páginas:

Diario del día 27 de octubre de 1952.

Propiedad de Theodore McArdle.

412 Cubierta A.

Se dará una justa y satisfactoria gratificación a quiera devolviera este diario a Theodore McArdle.

Ver si puedes encontrar las chapas de identificación que llevaba papi cuando estaba en el ejercito y usarlas en cuanto sea posible. No te matará y a él le va a gustar.

Contestar la carta del profesor Mandell cuando tengas tiempo y paciencia. Pedirle que no me mande más libros de poesía. De todos modos ya tengo bastante para un año. Ya estoy harto de poesía, de todos modos. Un hombre camina por la playa y desgraciadamente un coco le da en la cabeza. Desgraciadamente la cabeza se le parte en dos. Entonces su mujer viene por la playa cantando una canción y ve las dos mitades de su cabeza y las reconoce y las recoge. Se pone muy triste, por supuesto, y llora desconsoladamente. Ahí es precisamente donde la poesía me cansa. Supongamos que la señora se limita a recoger las dos mitades y a gritarles con furia: "¡Basta ya!" No mencionar esto cuando contestes su carta, sin embargo. Se presta a discusiones y, además, la señora Mandell es poeta.

Conseguir la dirección de Sven en Elizabeth, New Jersey. Sería interesante conocer a su esposa y también a su perro Lindy. Aunque a mí, personalmente, no me gustaría tener un perro.

Escribir carta de condolencia al Dr. Wokawara por su nefritis. Pedirle a mamá su nueva dirección.

Probar la cubierta de deportes mañana por la mañana antes del desayuno para meditar, pero no perder la cabeza. Tampoco perder la cabeza en el comedor si el camarero deja caer otra vez ese cucharón. Papá se puso completamente furioso.

Palabras y expresiones que debes consultar en la biblioteca mañana cuando devuelvas los libros:

nefritis

miríada

presente griego

astuto

triunvirato

Ser más amable con el bibliotecario. Conversar de generalidades con él, si se pone pesado.

De pronto, Teddy sacó un bolígrafo pequeño, en forma de bala, del bolsillo lateral de su pantalón, le sacó el capuchón y empezó a escribir. Usaba el muslo derecho como escritorio en vez del posabrazos de la silla.

Diario del 28 de octubre de 1952.

Misma dirección e igual gratificación que las ofrecidas los días 26 y 27 de octubre de 1952.

Esta mañana, después de meditar, escribí cartas a las siguientes personas:

Dr. Wokawara

Profesor Mandell

Profesor Peet

Burgess Hake (h.)

Roberta Hake

Sanford Hake

Abuela Hake

Sr. Graham

Profesor Walton

Podría haberle preguntado a mamá dónde están las chapas de identificación de papá, pero probablemente diría que no debo usarlas. Sé que las trajo porque lo vi ponerlas en la valija.

En mi opinión la vida es un presente griego.

Creo que es de muy mal gusto por parte del profesor Walton criticar a mis padres. Él quiere que la gente sea de cierta manera.

Ocurrirá hoy o el 14 de febrero de 1958, cuando yo tenga dieciséis años. Hasta es ridículo mencionarlo.

Después de hacer su última anotación, Teddy mantuvo su atención centrada en la página y en el bolígrafo, como si pensara seguir escribiendo.

Al parecer ignoraba que tenía un observador solitario pero interesado. A unos cinco metros de la primera fila de reposeras, y desde una altura de cinco o seis metros deslumbrantes de sol, un hombre joven lo observaba atentamente desde la baranda de la cubierta de deportes. Hacía unos diez minutos que estaba allí. Era evidente que el joven acababa de llegar a algún tipo de decisión porque de pronto sacó los pies de la baranda. Se quedó aún un momento mirando en dirección a Teddy y luego se alejó. Apenas un minuto más tarde reapareció indiscretamente vertical, entre las filas de reposaras. Tendría a lo sumo treinta años. Vino por el pasillo hacia la silla de Teddy, proyectando sombras distrayentes en las novelitas que la gente leía, y caminando sin inhibición (teniendo en cuenta que era el único de pie y en movimiento a la vista) entre los bolsos de tejido y otros efectos personales.

Teddy no pareció darse cuenta de que alguien estaba de pie junto a su silla sobre su hombro, y, por ello, proyectando su sombra sobre su libreta de apuntes. Empero, algunas personas en las filas de atrás eran más fáciles de distraer. Miraron al joven como quizá solo la gente sentada en reposeras puede mirar. Sin embargo, el joven tenía una especie de aplomo que al parecer le hubiera permitido soportar indefinidamente sus miradas, con la sola condición de que no olvidara mantener una mano en el bolsillo. "¡Hola!" dijo a Teddy.

Teddy levantó los ojos: -Hola -dijo. Cerró en parte su libreta y en parte dejó que se cerrara sola.

-¿Te molesta que me siente, un minuto? -dijo el joven con una especie de cordialidad ilimitada-. ¿Está silla está ocupada?

-Bueno, estas cuatro sillas pertenecen a mi familia -dijo Teddy-, pero mis padres todavía no se han levantado.

-¿Todavía? En un día como este. . . -dijo el joven. Ya se había tendido en la reposera que estaba a la derecha de Teddy. Las sillas se hallaban tan cerca una de otra que los posabrazos se tocaban-. Es un sacrilegio -agregó-. Un verdadero sacrilegio. -Estiró las piernas de muslos extraordinariamente gruesos, casi como torsos humanos. Estaba vestido, en general, a la manera de la costa Este: por arriba el pelo muy corto y por abajo unos zapatos bastante usados, y en el medio un uniforme algo heterogéneo... medias de lana color beige, pantalones gris antracita, camisa de cuello abotonado, sin

corbata, y chaqueta de tela espigada con toda la apariencia de haber envejecido en alguno de los seminarios para graduados más populares de Yale, o Harvard, o Princeton. -Dios mío, qué día divino -dijo admirativo, entornando los ojos bajo el sol-. Soy un esclavo del buen tiempo. –Cruzó los tobillos de sus gruesas piernas.- En realidad, puedo llegar a tomar un día corriente de lluvia como una ofensa personal. Así que esto es una manía para mí. -Aunque el tono de su voz era como se suele decir de buena cuna, se elevaba más de lo estrictamente necesario, como si hubiera llegado a la conclusión de que cualquier cosa que dijese habría de sonar con toda seguridad bastante bien, resultando inteligente, culta, incluso divertida o estimulante, no solo a Teddy sino a los que estaban sentados en la fila de atrás, si es que lo oían. Miraba de reojo a Teddy y se sonreía.- ¿Tú cómo te llevas con el tiempo? -preguntó. Su sonrisa no carecía de encanto, pero era social, de conversación, y se dirigía, aunque fuese indirectamente, a su propio ego . ¿,Alguna vez el tiempo te ha molestado más de lo normal? -preguntó, siempre sonriendo.

-No lo tomo como una cuestión personal, si es eso lo quiere decir -dijo Teddy.

El joven rió, echando la cabeza hacia atrás.

-Maravilloso -dijo-. Mi nombre, de paso, es Bob Nicholson. No recuerdo si te lo dije en el gimnasio. Por supuesto, tu nombre lo conozco.

Teddy desplazó su peso sobre un muslo y guardó la libreta en un bolsillo del pantalón.

-Te estaba viendo escribir desde allí arriba --dijo Nicholson como si contara un cuento y señalando con el dedo-. ¡Dios santo! Trabajabas como un negro.

Teddy lo miró: -Estaba escribiendo algo en mi libreta de apuntes.

Nicholson asintió con la cabeza, sonriente. -¿Qué tal Europa? -preguntó en tono de conversación-. ¿Te divertiste?

-Sí, mucho, gracias.

-¿A dónde fuiste?

Teddy de pronto se inclinó hacia adelante y se rascó una pantorrilla.

-Bueno, me llevaría demasiado tiempo nombrar todos los lugares, porque fuimos con el automóvil y cubrimos distancias bastante grandes -se apoyó otra vez en el respaldo-. Pero mi madre y yo estuvimos principalmente en Edimburgo, en Escocia, y en Oxford, en Inglaterra. Creo que en el gimnasio le conté que en esos dos lugares me entrevistaron. Sobre todo en la Universidad de Edimburgo.

-No, no creo que me lo hayas contado -dijo Nicholson-. Me preguntaba si te habían hecho algo así. ¿Cómo te fue? ¿Te zarandearon mucho?

-¿Cómo dice? -dijo Teddy.

-¿Cómo salió todo? ¿Fue interesante?

-A veces sí, a veces no -dijo Teddy-. Nos quedamos demasiado tiempo. Mi papá quería llegar a Nueva York antes que este barco. Pero vino a verme gente de Estocolmo, Suecia, y de Innsbruck, Austria, y tuvimos que esperar.

-Siempre pasa así.

Teddy lo miró de lleno por primera vez: -¿Usted es poeta? -preguntó.

-¿Poeta? -dijo Nicholson-. Dios, no. Por desgracia, no. ¿Por qué preguntas?

-No sé. Los poetas se toman siempre el tiempo tan a pecho. Siempre están metiendo sus emociones en cosas que no tienen ninguna emoción.

Nicholson, sonriendo, metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó cigarrillos y fósforos. - Yo creía, más bien, que ese era su material de trabajo -dijo-. ¿Acaso los poetas no se ocupan ante todo de las emociones?

Al parecer Teddy no le había oído o no lo escuchaba. Miraba abstraído hacia las dos chimeneas que dominaban la cubierta de deportes.

Nicholson prendió su cigarrillo con alguna dificultad porque soplaba una leve brisa del norte. Se apoyó en el respaldo y dijo: -Pienso que los dejaste bastante perplejos...

-"Nada en la voz de la cigarra indica cuán pronto ha de morir" -dijo Teddy de repente-. "Nadie marcha por este camino en esta tarde de otoño.".

-¿Qué es eso? -preguntó Nicholson sonriente-. Dilo de nuevo.

-Son dos poemas japoneses. No están llenos de cosas emocionales -dijo Teddy. De pronto se irguió en el asiento, inclinó la cabeza hacia la derecha y se dio una suave palmada en la oreja-. Todavía tengo un poco de agua en el oído que me entró ayer durante la lección de natación -dijo. Le dio otro par de palmadas a su oreja y luego se reclinó, descansando ambos brazos en los posabrazos. Era, por supuesto, una reposera normal, para adultos, y él se veía muy pequeño en ella, pero al mismo tiempo parecía, incluso, sereno.

-Creo que dejaste bastante perplejos a un montón de pedantes de Boston -dijo Nicholson, observándolo-. Después de esa última agarrada. A todo el grupo examinador de Leidekker, más o menos, si mal no recuerdo. Creo que te conté que en junio pasado tuve una charla bastante larga con Al Babcock. Escuché tu cinta grabada.

-Sí, así es. Me lo dijo.

-Creo que ese grupo quedó bastante desconcertado -insistió Nicholson-. Según me contó Al, una noche tuvieron una trenzada a muerte, creo que la misma noche que grabaste esa cinta. -Chupó una bocanada del cigarrillo.- Según entiendo, hiciste ciertos pronósticos que preocuparon enormemente a los muchachos. ¿Es así?

-Ojalá supiera por qué cree la gente que la emoción es tan importante -dijo Teddy-. Para mi madre y mi padre una persona no es humana si no piensa que hay cantidad de cosas muy tristes o muy molestas o... digamos, algo así como muy injustas. Mi padre se pone terriblemente emotivo hasta cuando lee el diario. Piensa que soy inhumano.

Nicholson sacudió la ceniza del cigarrillo en un costado. -Supongo que tú no te emocionas -dijo.

Teddy pensó antes de contestar.

-No recuerdo haberme emocionado nunca -dijo-. No sé qué utilidad puede tener eso.

-Amas a Dios ¿no es así? -preguntó Nicholskn, con una calma un poco excesiva-. ¿No vendría a ser ese tu fuerte? Por lo que escuché en esa cinta y por lo que Al Babcock me...

-Sí, claro. Lo amo. Pero no lo amo sentimentalmente. Él jamás dijo que había que amarlo en forma sentimental -dijo Teddy-. Si yo fuera Dios, no querría que la gente me amara sentimentalmente. Los sentimientos no son dignos de confianza.

-Quieres a tus padres, ¿verdad?

-Sí... mucho -dijo Teddy-. Pero usted desea hacerme usar esa palabra para darle el significado que le interesa... ya me doy cuenta.

-Está bien. ¿Con qué significado deseas emplearla tú?

Teddy lo pensó.

-¿Conoce el significado de la palabra "afinidad"? -preguntó, volviéndose hacia Nicholson.

-Tengo una idea aproximada -dijo Nicholson secamente.

-Tengo una gran afinidad con ellos. Quiero decir que son mis padres y todos formamos parte de una armonía recíproca -dijo Teddy-. Quiero que disfruten mientras vivan, porque les gusta pasarlo bien... Pero ellos no me quieren a mí ni a Booper, que es mi hermana, de ese mismo modo. Lo que quiero decir es que parece que no pueden querernos tal como somos. Parece que no pueden querernos si no intentan cambiarnos un poquito. Quieren sus motivos para querernos tanto como nos quieren a nosotros, y a veces más. Así no es tan bueno. -De nuevo se volvió hacia Nicholson, esta vez inclinado un poco hacia adelante.- Por favor ¿qué hora es? Tengo una clase de natación a las diez y media.

-Tienes tiempo -dijo Nicholson sin mirar su reloj pulsera. Retiró el puño de la chaqueta-: Son las diez diez -dijo.

-Gracias -dijo Teddy, y se recostó-. Podemos seguir disfrutando de la conversación unos diez minutos más.

Nicholson dejó caer una pierna hacia el costado de la reposera, se inclinó, y pisó la colilla del cigarrillo. -Si mal no entiendo -dijo-, tú estás muy de acuerdo con la teoría vedántica de la reencarnación.

-No es una teoría. Es una parte...

-Está bien -dijo Nicholson rápidamente. Sonrió y suavemente alzó las palmas de las manos en una especie de irónica bendición-. No vamos a discutir esa cuestión, por el momento. Déjame terminar -de nuevo cruzó sus gruesas piernas, extendidas-. Según puedo entender, has obtenido ciertos datos por los cuales has llegado a convencerte de que en tu última encarnación eras un santón de la India, pero que perdiste más o menos la gracia...

-Yo no era un santón -dijo Teddy. Era solo un hombre que había alcanzado un gran progreso espiritual. -Bueno... lo que sea -dijo Nicholson-. Pero lo importante es que crees que en tu última encarnación perdiste más o menos la gracia antes de llegar a la Iluminación final. ¿Es así, o yo... ?

-Así es -dijo Teddy-. Me encontré con una señora, y dejé de meditar -retiró los brazos de los posabrazos y metió las manos debajo de los muslos, como para abrigarlas-. De todos modos hubiera tenido que tomar otro cuerpo y regresar a la Tierra... quiero decir que no habría adelantado tanto espiritualmente como para morir, en el caso de que no hubiera encontrado a esa señora, y llegar directamente a Brahma, sin tener que volver a la Tierra. Pero de no haberme encontrado con esa señora no habría tenido que encarnarme en un cuerpo norteamericano. Quiero decir, es muy difícil meditar y llevar una vida espiritual en Estados Unidos. Al que trata de hacerlo la gente lo toma por un bicho raro. En cierto modo, mi padre piensa que soy un bicho raro. Y mi madre... bueno, ella cree que no me hace bien estar pensando continuamente en Dios. Cree que me hace mal a la salud.

Nicholson lo miraba, estudiándolo.

-Me parece que en la última cinta dijiste que tuviste tu primera experiencia mística a los seis años. ¿No es así?

-Tenía seis años cuando me di cuenta de que todo era Dios, y se me erizó el pelo y todo eso - dijo Teddy-. Recuerdo que era domingo. Mi hermana era apenas una criatura entonces, y estaba tomando la leche, y de repente me di cuenta de que ella era Dios y que la leche era Dios. Quiero decir que lo que estaba haciendo era verter a Dios dentro de Dios, no sé si me interpreta.

Nicholson no dijo nada.

-Pero ya podía salir muy a menudo de las dimensiones finitas cuando tenía cuatro años –dijo Teddy, como siguiendo el curso de sus recuerdos-. No en forma continua ni nada de eso, pero bastante seguido.

Nicholson asintió. -De veras? -dijo-. ¿Podías?

-Sí -dijo Teddy-. Eso estaba en la cinta. . . o tal vez en la cinta que grabé en abril último... no estoy seguro.

Nicholson sacó otra vez un cigarrillo, pero sin quitarle a Teddy los ojos de encima.

-¿Cómo sale uno de la dimensión finita? -preguntó, con una breve carcajada-. Quiero decir, para empezar de forma muy elemental, un trozo de madera es un trozo de madera, por ejemplo. Tiene largo, ancho...

-No los tiene. Ahí es donde usted se equivoca -dijo Teddy-. Todos creen que las cosas se detienen en un cierto punto. No es así. Eso es lo que estaba tratando de decirle al profesor Peet. - Se corrió en la silla, sacó un pañuelo, una horrible cosa gris, comprimida, y se sonó.- La única razón por la cual los objetos parecen detenerse en cierto punto es porque la gente no conoce otra manera de mirarlos -dijo-. Pero eso no significa que sea así -guardó el pañuelo y miró a Nicholson- ¿Quiere levantar el brazo un segundo, por favor? -pidió.

-¿El brazo? ¿Por qué?

-Levántelo. Un segundo, no más.

Nicholson levantó el brazo unos centímetros por encima del nivel del posabrazo.

-¿Este? -preguntó.

Teddy asintió.

-¿A eso cómo lo llama? -preguntó.

-¿Qué quieres decir? Es mi brazo. Un brazo.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó Teddy. Usted sabe que se llama brazo, pero, ¿cómo sabe que es un brazo? ¿Tiene alguna prueba de que sea un brazo?

Nicholson sacó un cigarrillo y lo encendió.

-Francamente, todo esto me suena a sofisma de la peor clase -dijo, exhalando el humo- Es un brazo, diablos, porque es un brazo. En primer lugar, tiene que tener un nombre para que se lo pueda distinguir de los otros objetos. Quiero decir, que no puedes simplemente...

-Usted se está poniendo lógico -dijo Teddy sin perder la calma.

-¿Me estoy poniendo cómo? -dijo Nicholson con un leve exceso de cortesía.

-Lógico. Me está dando una respuesta corriente, inteligente -dijo Teddy. Yo estaba tratando de ayudarlo. Usted me preguntó cómo hago para salir de las dimensiones finitas cuando quiero. Desde luego, no empleo la lógica cuando lo hago. La lógica es lo primero que hay que dejar de lado.

Nicholson se quitó con los dedos una hebra de tabaco que tenía en la lengua.

-¿Usted conoce a Adán? -le preguntó Teddy.

-¿Si conozco a quién?

-A Adán. El de la Biblia.

Nicholson sonrió.

-Personalmente, no -dijo secamente.

-No se enoje conmigo -dijo Teddy vacilando-. Me hizo una pregunta, y yo...

-No estoy enojado contigo, por Dios.

-Bien -dijo Teddy. Estaba reclinado en su asiento, pero tenía la cabeza vuelta hacia Nicholson- ¿Se acuerda de la manzana que Adán comió en el jardín del Edén, como se cuenta en la Biblia? - preguntó-. ¿Sabe lo que había en esa manzana? Lógica. La lógica y además cosas intelectuales. Eso es lo único que tenía adentro. Así que (esto es lo que quiero señalar) lo que tiene que hacer es vomitar todo eso si quiere ver las cosas como realmente son. Quiero decir que si lo vomita entonces no va a tener más problemas con bloques de madera y cosas así. Ya no verá las cosas detenidas todo el tiempo. Y sabrá qué es en realidad su brazo, si le interesa saberlo. ¿Comprende lo que quiero decir? ¿Me entendió?

-Lo entendí -dijo Nicholson, más bien brevemente.

-El problema es -dijo Teddy- que la mayoría de la gente no quiere ver las cosas tal como son. Ni siquiera dejar de nacer y morir a cada rato. Quieren tener constantemente cuerpos nuevos, en vez de detenerse y permanecer en Dios, donde se está bien de veras. -Reflexionó.- Nunca vi una banda semejante de comedores de manzanas. -Meneó la cabeza.

En ese momento un camarero de cubierta, que hacía su ronda en ese sector, se detuvo frente a Teddy y a Nicholson y les preguntó si querían tomar el caldo de la mañana. Nicholson no contestó. Teddy dijo: -No, gracias -y el camarero continuó su recorrido.

-Si no quieres discutirlo, no tienes por qué hacerlo -dijo Nicholson de pronto y con cierta brusquedad. Sacudió la ceniza de su cigarrillo-. Pero ¿es cierto o no, que le dijiste a todo el grupo examinador de Leidekker (Walton, Pect, Larson, SamueIs y todos ellos) cuándo y dónde y cómo morirían?/¿Es cierto o no es cierto? Nadie te obliga a decirlo, pero por lo que se contaba en Boston...

-No, no es cierto -dijo Teddy con énfasis-. Les dije los lugares y los momentos en que debían tener mucho, mucho cuidado. Y les sugerí algunas cosas que les convendría hacer... Pero no dije nada más. No hablé de nada que fuera inevitable de ese modo -de nuevo sacó su pañuelo y lo usó. Nicholson lo observaba, esperando-. Y al profesor Peet no le dije nada de eso. En primer lugar, no era uno de los que se divertían haciéndome toda clase de preguntas. Lo que le dije al profesor Peet es que no debía ser profesor después de enero, eso es lo único que le dije -Teddy, recostado contra el respaldo, calló un instante-. Los otros profesores me obligaron prácticamente a contar toda esa historia. Fue cuando habíamos terminado la entrevista y grabábamos la cinta, y era muy tarde, y todos estaban sentados fumando sus cigarrillos y poniéndose muy quisquiIlosos.

-Pero, ¿no le dijiste a Walton o a Larsen, por ejemplo, cuándo o dónde o cómo les llegaría la muerte? -insistió Nicholson.

-No, señor. Nada de eso -dijo Teddy categóricamente-. Yo no quería decirles nada de todo eso, pero ellos insistían en hablar del asunto. En realidad, el que más o menos empezó la cosa fue el profesor Walton. Dijo que realmente quería saber cuándo iba a morir, porque entonces sabría qué trabajo hacer y qué trabajo dejar de lado, y cómo usar el tiempo de la mejor manera posible, y todo eso. Y entonces todos insistieron... Así que les dije un poco más.

Nicholson no dijo nada.

-Pero no es cierto que yo les dije cuándo se iban a morir. Es un rumor totalmente falso –dijo Teddy-. Podría haberlo hecho pero sabía que en el fondo no lo querían saber. Lo que quiero decir es que aunque enseñan religión y filosofía y cosas así, siguen teniendo bastante miedo de morir - Teddy, sentado, o reclinado, guardó silencio un minuto.- !Es tan tonto! -dijo-. Lo único que pasa es que cuando uno muere se escapa del cuerpo. Caramba, si todos lo hemos hecho miles y miles de veces. El hecho de que no se acuerden no significa que no haya ocurrido. Es tan tonto.

-Tal vez. Tal vez -dijo Nicholson-. Pero lo lógico sigue siendo que por mucha inteligencia que...

-Es tan tonto -dijo Teddy otra vez-. Por ejemplo, tengo una lección de natación dentro de cinco minutos. Podría bajar a la piscina y encontrarme con que no tiene agua. Podría ser el día en que cambian el agua, por ejemplo. Podría pasar, por ejemplo, que yo caminara hasta el borde, como para mirar el fondo, y que mi hermana viniera y me diera un empujón. Podría fracturarme el cráneo y morir instantáneamente -Teddy miró a Nicholson-. Podría ocurrir -dijo-. Mi hermana solo tiene seis años, y no hace muchas vidas que es ser humano, y no me quiere mucho. Podría pasar, desde luego. -Pero ¿qué tendría de trágico? ¿De qué podría tener miedo? Después de todo, yo no estaría haciendo más que lo que debo hacer, ¿verdad?

Nicholson gruñó suavemente.

-Tal vez no fuera una tragedia desde tu punto de vista, pero seguramente sería una cosa triste para tu mamá y tu papá -dijo-. ¿No pensaste en eso?

-Sí, claro que lo pensé -dijo Teddy-. Pero solo es porque tienen nombres y emociones para todo lo que ocurre -había tenido las manos metidas debajo de los muslos pero las sacó de nuevo, las metió debajo de las axilas, y miró a Nicholson-. ¿Conoce a Sven, eI encargado del gimnasio? - preguntó. Esperó a que Nicholson asintiera-. Bueno, si Sven soñara esta noche que se muere su perro, dormiría muy mal, porque le tiene enorme cariño a ese perro. Pero al despertarse por la mañana, todo estaría bien. Se daría cuenta de que todo había sido nada más que un sueño.

Nicholson asintió: -¿Qué quieres decir, exactamente?

-Que si el perro muriera de verdad, sería exactamente lo mismo. Solo que no se daría cuenta. Se daría cuenta únicamente al morir él mismo.

Niicholson, con aire abstraído, ocupaba su mano derecha en masajearse lenta y sensualmente la nuca. Su mano izquierda, inmóvil sobre el posabrazos, con un nuevo cigarrillo aún sin encender suspendido entre los dedos, parecía curiosamente blanca e inorgánica en la radiante luz del sol.

Teddy, de pronto, se incorporó: -Lo siento pero ahora sí tengo que irme -dijo. Se sentó haciendo equilibrio en el posapiés extendido ante su silla, enfrentando a Nicholson, y se metió la camiseta dentro de los pantalones-. Calculo que tengo más o menos un minuto y medio para llegar a la clase de natación -dijo-. Es justo aquí abajo en la cubierta E.

-¿Puedo preguntarte por qué le dijiste al profesor Peet que debía dejar de enseñar a principios del año próximo? -preguntó Nicholson, sin rodeos-. Conozco a Bob Peet. Por eso te lo pregunto.

Teddy se ajustó su cinturón de cuero de cocodrilo.

-Solo porque es un hombre muy espiritual, y ahora está enseñando un montón de cosas que no lo van a beneficiar nada si realmente quiere hacer algún progreso espiritual. Lo estimula demasiado. Es hora de que empiece a quitarse cosas de la cabeza en lugar de llenarla cada vez más. Podría desembarazarse de un montón de manzanas en esta vida, con solo proponérselo... Es muy bueno meditando -Teddy se levantó-. Es mejor que me vaya. No quiero llegar demasiado tarde.

Nicholson lo miró y sostuvo su mirada, deteniéndolo: ¿Qué harías si pudieras modificar el sistema de enseñanza? -preguntó ambiguamente-. ¿Alguna vez pensaste en eso?

-Tengo que irme, de veras... -dijo Teddy.

-Contéstame esa única pregunta -dijo Nicholson-. En verdad, la enseñanza es mi tema... es en lo que me ocupo. Por eso te pregunto.

-Bueno... no estoy muy seguro de lo que haría -dijo Teddy-. Lo que sé es que no empezaría con las cosas con que por lo general empiezan las escuelas. -Cruzó los brazos y reflexionó un instante.- Creo que primero reuniría a todos los niños y les enseñaría a meditar. Trataría de enseñarles a descubrir quiénes son, y no simplemente cómo se llaman y todas esas In cosas... Pero antes, todavía, creo que les haría olvidar todo lo que les han dicho sus padres y todos los demás. Quiero decir, aunque los padres les hubieran dicho que un elefante es grande, yo les sacaría eso de la cabeza. Un elefante es grande solo cuando está al lado de otra cosa, un perro, o una señora, por ejemplo - Teddy recapacitó durante otro instante-. Ni siquiera les diría que un elefante tiene trompa. Cuanto más, les mostraría un elefante, si tuviera uno a mano, pero los dejaría ir hacia el elefante sabiendo tanto de él como el elefante de ellos. Lo mismo haría con el pasto y todas las demás cosas. Ni siquiera les diría que el pasto es verde. Los colores son solo nombres. Porque si usted les dice que el pasto es verde, van a empezar a esperar que el pasto tenga algún aspecto determinado, el que usted dice, en vez de algún otro que puede ser igualmente bueno y quizá mejor. No sé. Yo les haría vomitar hasta el último pedacito de manzana que sus padres y todos los otros les han hecho morder.

-¿No se correría el peligro de formar una generación de pequeños ignorantes?

-¿Por qué? No serían más ignorantes que un elefante. 0 un pájaro. 0 un árbol -dijo Teddy-. El hecho de que se sea de cierta forma en lugar de comportarse simplemente de cierta forma, no significa que alguien sea un ignorante.

¿No?

-¡No! -dijo Teddy-. Además, si quisieran aprender todo lo demás, nombres, y colores, y otras cosas, podrían hacerlo; si les gustara, cuando tuvieran más edad. Pero yo querría que ellos empezaran con las verdaderas formas de mirar las cosas y no mirándolas como hacen todos los otros comedores de manzanas. Eso es lo que quiero decir -se acercó a Nicholson y le tendió la mano-. Tengo que irme ahora. En serio. He pasado un momento muy...

-Un segundito no más, siéntate un minuto -dijo Nicholson-. ¿Pensaste alguna vez que podrías hacer algún estudio cuando seas grande? ¿Alguna investigación en medicina, o algo así? Yo pienso que tú, con tu inteligencia, podrías...

Teddy contestó, pero sin sentarse.

-Lo pensé una vez, hace un par de años -dijo-. Había hablado con algunos médicos -meneó la cabeza-. No me interesaría mucho. Los médicos se quedan demasiado en la superficie. Siempre están hablando de células y cosas así.

-¿Ajá? ¿Para ti no tiene importancia la estructura celular?

-Sí, por supuesto. Pero los médicos hablan de las células como si tuvieran una importancia tan ilimitada en sí mismas. Como si en realidad no pertenecieran a la persona que las posee. -Con una mano Teddy se apartó el pelo de la frente.- Yo hice crecer mi propio cuerpo -dijo-. Nadie lo ha hecho por mí. De modo que si yo lo hice crecer, debo saber cómo. Por lo menos inconscientemente. Tal vez haya perdido en los últimos cientos de miles de años el conocimiento consciente de cómo hacerlo crecer, pero ese conocimiento todavía está ahí porque, evidentemente, lo he usado... Se necesitaría mucha meditación y vacío para recuperarlo todo, quiero decir, el conocimiento consciente, pero uno podría hacerlo si quisiera. Si se abriera lo suficiente. –De pronto estiró una mano hacia abajo y levantó el brazo derecho de Nicholson separándolo del posabrazos. Lo sacudió una sola vez, cordialmente, y dijo:- Adiós. Tengo que irme. -Esta vez Nicholson no fue capaz de detenerlo, con tanta rapidez salió corriendo por el pasillo.

Nicholson permaneció inmóvil durante varios minutos luego que el chico se hubo ido, con sus manos apoyadas en los posabrazos de la reposera y el cigarrillo sin prender aun entre los dedos de su mano izquierda. Por fin, alzó la mano derecha e hizo un gesto como para comprobar que seguía teniendo abierto el cuello de la camisa. Después encendió el cigarrillo y se quedó otra vez muy quieto.

Fumó el cigarrillo hasta el final, después bruscamente pasó una pierna por sobre el costado de la reposera, pisó el cigarrillo, se incorporó y salió con cierta prisa caminando entre las reposeras.

Por la escalera de proa, bajó apresuradamente a la cubierta de paseo. Sin detenerse, continuó, siempre con bastante celeridad, hasta la cubierta principal. Luego a la cubierta A. Luego a la cubierta B. Luego a la cubierta C. Luego a la cubierta D.

En la cubierta D terminaba la escalera de proa y Nicholson se detuvo un momento, al parecer desorientado. Después divisó a alguien que podía guiarlo. En mitad del pasillo, una camarera estaba sentada en una silla leyendo una revista y fumando un cigarrillo. Nicholson se acercó, la consultó brevemente, le agradeció, dio unos pasos más hacia proa y abrió una pesada puerta metálica que decía: A LA PISCINA. Vio una escalera angosta, sin, alfombrar.

Apenas había bajado la mitad de la escalera cuando oyó un grito sostenido, penetrante, evidentemente de una niña pequeña. Había una gran acústica, como si el grito reverberara entre las cuatro paredes de azulejos...